8402

PEDRO MINIO

COMEDIA EN DOS ACTOS

POR

B. PÉREZ GALDÓS

Estrenada en el Teatro Lara, de Madrid, el 15 de Diciembre de 1908.

PRECIO 2,50 PESETAS

MADRID
PERLADO, PÁEZ Y COMPAÑÍA
(Sucesores de Hernando)
Arenal, 11
1909

3

PEDRO MINIO

Es propiedad. Queda hecho el depósito que marca la ley. Serán furtivos los ejemplares que no lleven el sello del autor.

PEDRO MINIO

COMEDIA EN DOS ACTOS

POR

B. PÉREZ GALDÓS

Estrenada en el Teatro Lara, de Madrid, el 15 de Diciembre de 1908.

MADRID
PERLADO, PÁEZ Y COMPAÑÍA
(Sucesores de Hernando)
Arenal, 11
1909

PERSONAJES

PEDRO MINIO, asilado (65 años)	Sr. Rubio.
LADISLAA, asilada (60)	Sra. Rodríguez.
ABELARDO (40)	Sr. Puga.
HORTENSIA, su esposa (50)	Srta. Alba.
FANNY, hija de Hortensia (20)	Srta. Latorre.
PEPE TERRANOVA (25)	Sr. Barraycoa.
EL MARQUÉS DE LOS PERDONES, Patrono y Director del Asilo (60)	Sr. Pacheco.
EL DOCTOR (40)	Sr. Mata.
LA SUPERIORA (Madre Luisa) (40)	Sra. Ortiz.
SOR BONIFACIA (25)	Srta. Moreno.
SOR VICENTA (25)	Srta. Pardo.
LA MILAGROS, asilada (98)	Srta. Toscano.
PASCASIA, idem (65)	Srta. Acebedo.
ETELVINA, idem (60)	Srta. Otero.
POLIDURA, asilado (70)	Sr. Mora.
DON TELEMACO, idem (70)	Sr. Romea.
BERDEJO, idem (70)	Sr. Simó Raso.

Viejas y viejos. Hermanas de la Caridad.

La acción en Madrid, en el Asilo de *Nuestra Señora de la Indulgencia.*

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie sin su permiso podrá traducirla, ni reimprimirla, en España, ni en ninguno de los países con los cuales haya celebrados ó se celebren tratados internacionales de propiedad literaria.

Los Comisionados de la Sociedad de Autores Españoles son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación, como también del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EST. TIP. DE LA VIUDA É HIJOS DE M. TELLO
C. de San Francisco, 4.

ACTO PRIMERO

Primer patio de recreo en el Asilo de Nuestra Señora de la Indulgencia.—*Á la izquierda, primer término, puerta grande que comunica con el locutorio, salas de recepción y con el exterior del edificio.—Á la derecha, primer término, puerta pequeña y ventanas que corresponden á las habitaciones del Patrono y Director, Marqués de los Perdones. En último término, derecha, un arco ó puerta grande que conduce á diversas dependencias del edificio; en último término, izquierda, un arco que conduce á la enfermería.—En el fondo, valla verde de madera, con puerta central practicable, que da paso á un segundo patio ajardinado y á la huerta de recreo.—Arboles corpulentos dan apacible sombra á la escena.—Banco fijo á la derecha; tras él un velador ó mesilla; otra mesa rústica mayor á la izquierda; sillas rústicas.—Es de día.—Izquierda y derecha se entienden del espectador.*

ESCENA PRIMERA

El Marqués, La Superiora, El Doctor, que salen de la casa de la Dirección; Hortensia, Fanny, Terranova, Sor Bonifacia, que entran por la izquierda.

Marqués.—(Gozoso, guardando un manuscrito que han leído los tres.) Resulta de esta Memoria que en el quinto aniversario de su fundación, nuestro Asilo de Ancianos se halla en estado por demás próspero y floreciente.

Doctor.—Glorioso, señor Marqués. Diga usted que es el mayor éxito del siglo.

Superiora.—Exito de fe y caridad.

Doctor.—Y de administración, Madre Luisa.

673191

MARQUÉS.—En nuestras manos fructifica el árbol plantado por la santa fundadora. Reventaríamos de orgullo si fuera lícito envanecerse por el cumplimiento del deber.

SUPERIORA.—Y ahora, cada cual al suyo, Doctor.

DOCTOR.—Yo á mi enfermería.

SUPERIORA.—Yo á distribuir los servicios de la tarde. (Al dirigirse á la izquierda ve venir gente.) ¡Ay! visita tenemos.

DOCTOR.—(Mirando.) Son las norte-americanas, mis pomposas clientes.

MARQUÉS.—¿Otra vez? ¿Vienen la madre y la hija?

DOCTOR.—Y el prometido de ésta, Pepe Terranova, hijo del Marqués de Costafirme. Creo que han ajustado ya la boda...

MARQUÉS.—Las riquezas buscan blasones... y los encuentran al primer ojeo.

SUPERIORA.—Ayer, al despedirse, anunciaron que hoy repetirían la visita. Parece que quieren fundar una institución como ésta.

MARQUÉS.—(Incrédulo.) Habrá que verlo.

DOCTOR.—Estos pobres millonarios aburridos se distràen imitando lo inimitable. (Entran por la izquierda Hortensia, Fanny, Terranova y Sor Bonifacia. Hortensia es aparatosa, corpulenta; viste con recargado lujo. Fanny, jovencita espigada, viste con elegancia. Su prometido, Terranova, es un distinguido aristócrata. Sor Bonifacia es joven y bella.)

HORTENSIA.—Señor Marqués, otra vez nos tiene aquí... ¿Qué tal?

MARQUÉS.—Señora y señorita, encantado de ver á ustedes.

HORT.—A usted, Doctor, ya le vimos en casa. (Saludando.) Madre Luisa...

TERRANOVA.—No he podido contenerlas, Marqués. No se han avenido á poner media semana entre la primera y la segunda visita.

HORT.—Perdone usted nuestra impertinencia. Somos entrometidas, molestas, pegajosas. Queremos ver todo.

FANNY.—Nuestro fisgoneo no se satisface con ver: queremos el examen minucioso, la comparación...

MARQUÉS.—Mucho me agrada.

DOCTOR.—(Aparte á la Superiora.) No las crea usted. Sus ojos ven mucho; sus almas nada.

FANNY.—Nuestro objeto es ilustrarnos, aprender.

MARQUÉS.—Este Asilo de *Nuestra Señora de la Indulgencia*, fundado por mi esposa, no tiene secretos para nadie, y menos para los que vienen á estudiar su admirable organización.

DOCTOR.—Yo, con permiso de ustedes, voy á mi visita en la enfermería. Luego nos reuniremos... Y á propósito de enfermos, Hortensia, ¿no ha venido su esposo?

HORT.—¡Pobrecillo! Con nosotras entró... Pero como buen artrítico y cardiaco, no puede andar á prisa. Ya llegará.

DOCTOR.—¿Habrá ido al masaje, como le ordené esta mañana?

SOR BONIFACIA.—No, señor: está en casa. Entró en la farmacia para tomar una medicina.

DOCTOR.—Luego le veré. Con su permiso... (Vase por la izquierda, segundo término.)

ESCENA II

Los mismos, menos EL DOCTOR.

MARQUÉS.—Empezarán ustedes por esta parte, todo lo que comprende la vida material, desde los dormitorios á las cocinas.

SUPERIORA.—(Señalando al fondo.) Más adentro verán la capilla, las salas y jardines de recreo.

FANNY.—(A Sor Bonifacia.) ¿Según parece, están aquí los asilados muy divertidos?

SOR BONIFACIA.—De algún modo hemos de aliviar las tristezas de la vejez.

MARQUÉS.—No me corresponde ni una parte mínima en la gloria de esta fundación. Todo es obra de mi santa esposa, que ya goza de Dios. Los mejores años de su vida consagró Mercedes á planear y realizar este soberano instituto. Y al darle el título y advocación de *Nuestra Señora de la Indulgencia*, nos dejó un emblema de la grandeza de su sentir divino, de su pensar humano. (Colocación de las figuras de izquierda á derecha: Terranova, Sor Bonifacia, Fanny, Hortensia, el Marqués, la Superiora.)

SUPERIORA.—No ha nacido mujer que se le iguale. En su alma sublime, la piedad religiosa dejaba largo espacio á la piedad humana, y aun lugar para el sentido de la organización y del método y para el exquisito gusto en todas las cosas.

TERRANOVA.—Fué sin duda mujer extraordinaria, genial.

FANNY.—¡Lástima que abandonara el mundo tan pronto!

SOR BONIFACIA.—La santa Madre Mercedes vive siempre en nuestros corazones.

HORT.—Virtud, pasión de la beneficencia, inmenso caudal, todo lo tuvo esa señora, y todo lo aplicó á dar sustento y amparo á la vejez desvalida.

SUPERIORA.—El recreo es aquí tan importante como el alimento y el abrigo. Con él se procura dar satisfacciones á los que ó no las tuvieron nunca, ó las olvidaron al caer en la extrema pobreza.

HORT.—¿Y trabajan?

MARQUÉS.—Trabajo poco, y sólo en concepto de entretenimiento. En las horas de expansión, que son las más del día, se les permite divagar en grupos por éste y otros patios y jardines, sin separación de sexos. Todo tiende á mantener en los veteranos de la vida la placidez del ánimo. Por este medio fomentamos la cordialidad entre ellos y el amor á la institución. Se alienta todo sentimiento noble y todo estímulo de distracción inofensiva.

FANNY.—Nos han dicho que fuman y beben... que tienen billares, café, tío-vivo, juegos no prohibidos, estanco y algo de taberna...

SUPERIORA.—De todo hay un poco.

HORT.—(Sorprendida.) Y habiendo todo eso, ¿hay paz?

MARQUÉS.—Una paz admirable.

HORT.—Señor Marqués, yo quisiera comprobarlo. Perdone mi desconfianza.

MARQUÉS.—Cuando usted guste.

HORT.—Por ahora, veremos el local, éste y el otro departamento, todo muy limpio, ya se sabe.

FANNY.—Todo muy bonito. Pero es ver simplemente la mitad ó parte mínima de las cosas.

HORT.—Quisiéramos ver lo principal, el funcionamiento de esta enorme máquina.

TERRANOVA.—La vida, el alma de la institución.

MARQUÉS.—Para eso necesitamos tiempo. Mañana, pasado mañana, cuando gusten, vénganse á pasar un día con nosotros... A las doce les daré de almorzar, aquí, en mi residencia.

FANNY.—(Gozosa.) Sí. Mamá, dí que sí.

HORT.—Vendremos, sí, señor.

MARQUÉS.—Yo vivo aquí como un ermitaño, humildemente, sobriamente. Pero trataré de que la penitencia que les impongo sea moderadita.

TERRANOVA.—Diga usted, Hortensia, que el ermitaño nos dará un trato de príncipes.

MARQUÉS.—Eso no: trato de medianía decente. ¿Aceptan?

HORT.—Sí, señor, y muy agradecidas.

MARQUÉS.—Pues ahora sigan su visita, para conocer todo el cuerpo de esta gran alma de *la Indulgencia*.

SUPERIORA.—La Hermana Bonifacia les acompañará. (Cuando se disponen á salir, entra por la izquierda Abelardo, sostenido por la Hermana Vicenta.)

ESCENA III

Los mismos. — ABELARDO, SOR VICENTA. Abelardo es hombre como de cuarenta años, atrozmente envejecido, trémulo, de andar inseguro. La Hermana Vicenta, joven y linda, le trae cogido del brazo.

HORT.—Abelardo, eres una impedimenta horrible.

ABELARDO.—No puedo... me canso... Esta bondadosa Hermanita me llevó á la Farmacia para darme las gotas de estrofanto.

HORT.—¿Vienes con nosotras?

ABELARDO.—Seguid, seguid. Yo me tomaré aquí otro descanso.

FANNY.—Y aquí tienes al Doctor, que pronto saldrá de la enfermería.

MARQUÉS.—(Llevándole al banco, á la derecha.) Aquí estará muy bien.

ABELARDO.—Gracias, señor, por su bondad.

HORT.—Luego te recogeremos.

ABELARDO.—No estoy para ver una sala y otra sala, y subir y bajar escaleras. Me mareo, me rindo... Luego me contaréis. (Se van por la derecha Hortensia, Fanny, Terranova y Sor Bonifacia.)

MARQUÉS.—Nosotros, con su licencia, nos retiramos... Sor Vicenta le acompañará hasta que vuelva su familia. Puede pasar á mis habitaciones, si gusta.

ABELARDO.—Gracias: estoy aquí muy bien, al fresco. Gracias.

MARQUÉS.—Hasta después.

SUPERIORA.—(Aparte al Marqués, retirándose lentamente.) ¡Desdichado señor! La fatua de su mujer le trata como á un niño molesto... ¿Pero no sabe, señor Marqués? (Sigue contándole en voz baja un caso extraordinario.)

SOR VICENTA.—(En pie, junto á don Abelardo.) Señor, la continua ingestión de medicamentos es cosa mala.

ABELARDO.—¿Es usted médica?

SOR VICENTA.—Ya sabe que soy la farmacéutica de la casa.

MARQUÉS.—(Aparte á la Superiora, muy sorprendido.) ¿Pero es cierto?

SUPERIORA.—El Doctor me lo ha dicho. (Siguen comentando el extraño caso.)

ABELARDO.—Por primera vez veo reunidas la Farmacia y la Belleza. La compañía de usted es para mí un dulce sedante.

MARQUÉS.—(Aparte á la Superiora, ya en la puerta.) ¿Y dice que este pobre ricacho?...

SUPERIORA.—Es, si no entendí mal, sobrino de...

MARQUÉS.—(Aparte á la Superiora.) Pues me alegro lo que usted no puede imaginar. (Se van por la izquierda.)

ESCENA IV

ABELARDO, SOR VICENTA; después EL DOCTOR.

ABELARDO.—¿Me pide usted noticia completa y detallada de mis padecimientos? Pues allá va. Padezco del estómago, del corazón, del hígado, de los bronquios y pulmones, de la médula, de los nervios, del encéfalo, del cuero cabelludo. Soy, en fin, un índice, un programa de Medicina.

SOR VICENTA.—Y un Profesor de Patología imaginaria.

ABELARDO.—Pues aún padezco dolencia más cruel que las que pongo en la lista. Y de esa no dirá usted que es imaginaria.

SOR VICENTA.—¿Cuál es? Si puedo saberlo, dígamelo.

ABELARDO.—Mi mujer.

SOR VICENTA.—¿Y llama enfermedad á una señora tan guapetona, tan elegante?

ABELARDO.—¿Elegante? Para mí es una enfermedad de muy mal gusto, que amarga mis horas y me atormenta lo indecible.

SOR VICENTA.—¡Ay, qué malo, qué malo! ¡Hablar así de su digna esposa!

ABELARDO.—Mis sufrimientos, Hermana Boticaria, me hicieron primero estóico, después cínico. El horrible martirio matrimonial no se me alivia sino desahogando mi espíritu con el ¡ay, ay, ay! de los que padecen un dolor agudísimo... pero no delante de ella... eso no. Me dolería más.

SOR VICENTA.—Si no es indiscreción, señor, quisiera hacerle una pregunta.

ABELARDO.—Diga.

SOR VICENTA.—¿La señora doña Hortensia es efectivamente yanqui?

ABELARDO.—¡Oh, sí!... yanqui... de Mondoñedo. Allí nació. Sus padres, que eran muy pobres, emigraron á los Estados Unidos. Hortensia se llamaba entonces Farruca. Debía de ser una chicuela que andaba en pernetas detrás

de una vaca. Para mí que era bonita, y suave como los retoños de la ortiga... En Nueva York fué bailarina; casó primero con un domador de potros y potrancas que no pudo domarla á ella...

SOR VICENTA.—Por Dios, no bromee, no desbarre. Un caballero no debe hablar así.

ABELARDO.—Yo no soy caballero. Soy un enfermo desesperado y enloquecido... de tanto padecer.

SOR VICENTA.—Dígame, y perdone otra vez. ¿La señorita Fanny es hija del primer matrimonio de doña Hortensia?

ABELARDO.—(Confuso, perplejo.) Sí. No, no. La verdad, no me acuerdo si es del primero ó del segundo marido. (Quedándose como lelo.) Ya sabe usted que el estrofanto, que acabo de tomar, ataca la memoria. Todo se me olvida, hasta mi número de orden en la serie de los maridos de mi mujer.

SOR VICENTA.—(Aparte.) ¡Pobre señor, cómo tiene la cabeza!

ABELARDO.—Pues ahora me toca á mí preguntar á usted... Pero ¡ay! ya se me ha ido del pensamiento...

SOR VICENTA.—Párese un poquito y haga memoria.

ABELARDO.—(Reflexionando.) Pues era... era... ¡Ah! ya me acuerdo. A ver: dígame. ¿Conoce usted aquí á un sujeto...?

SOR VICENTA.—¿Asilado?

ABELARDO.—Sí, señora.

SOR VICENTA.—¿Su nombre?

ABELARDO.—(Recapacitando.) El nombre, el nombre... Mi madre se llamaba Jesusa Minio. Tenía dos hermanos...

DOCTOR.—(Entra por la izquierda, segundo término.) ¿Aquí de parola con la Hermana Boticaria?

ABELARDO.—Sí, Doctor. No podía seguir á mi cara esposa, que va siempre al trote largo... me metí en la Farmacia... Diga, hermana: ¿cuánto hace que tomé el estrofanto?

SOR VICENTA.—Un cuarto de hora.

ABELARDO.—Doctor, ¿puedo ya tomar el glicerofosfato de litina? (Ademán de sacar algo del bolsillo.)

DOCTOR.—No, por Dios. Lo que tiene usted que hacer ahora es venir conmigo al masaje.

ABELARDO.—(Con alegría.) ¿De modo que no tengo que esperar á Hortensia?

DOCTOR.—No.

ABELARDO.—¡Qué alegría!

DOCTOR.—Al masaje. Hortensia me ha encargado que le lleve yo mismo... que le cuide y le zarandee, que le mime como á un chiquitín. ¡Cómo le quiere á usted!

ABELARDO.—(Burlón.) ¡Cómo me quiere! ¡Qué cacho de ángel!

DOCTOR.—Con que andando. Fuera pereza.

ABELARDO.—(Levántase.) Vamos. La Hermana Boticaria me acompañará hasta la salida. Voy muy á gusto entre mis dos amores: la Medicina y la Farmacia. (Empiezan á salir por el fondo viejas y viejos parloteando. Oyense risas.) ¡Qué bullanga! ¡Cómo alborotan esos chicos!

SOR VICENTA.—No son chicos. Son los viejos.

ABELARDO.—¡Ah! los viejos. (Les mira con asombro.) Doctor, no olvide usted mi encargo.

DOCTOR.—Hoy quedará cumplido. (Sale Abelardo entre los dos por la izquierda.)

ESCENA V

ETELVINA, vieja negrucha, espigada, de pelo aborrascado, voz ronca y modales desenvueltos; DON TELÉMACO, alto, huesudo, flaquísimo; OTRO VIEJO; BERDEJO, viejecito pequeño y calvo, la cabeza como un huevo; PEDRO MINIO, viejo avellanado, muy erguido, risueño, vestido con decencia pobre, bien afeitado, dejándose bigote corto; LADISLADA, vieja de agraciado rostro, color encendido, cabellos blancos. Van entrando por el orden que se indica. A mitad de la escena, entra y sale brevemente PASCASIA.

ETELVINA.—(Andando con agilidad, dirígese al velador de la derecha, seguida de don Telémaco y el otro viejo.) Aquí echaremos un tute. (Arroja la baraja en la mesa.)

DON TELÉMACO.—Se entretiene uno mirando el entrecejo de la esfinge. Yo soy mano. (Comienzan á jugar.)

BERDEJO.—(Entra con un muñequito de masilla. Se ríe contemplándolo.) Aquí podré rematar tranquilamente mi obra de arte. ¡Qué lindo me ha salido, ji, ji!... (Retírase á la izquierda sin reparar en la entrada de don Pedro. Saca del bol-

sillo unos crayones de color y se ocupa en pintar la cara del muñeco).

DON PEDRO.—(Entra fumando un puro de estanco. Mira á todos lados.) No está aquí. Juraría que la ví entrar en este patio. (Por don Telémaco y compañía.) Allí los vagos... aquí este pobre chiflado de Berdejo. ¿Qué haces, Berdejo?

BERDEJO.—Dar color á este lindo *bebé*. (Con risa infantil.) ¿Verdad que es monísimo? Luego le vestiré con lujosos trapitos, y quedará muy majo... ¡ji, ji!... No he olvidado mi oficio.

DON PEDRO.—(Gozoso, viendo entrar á Ladislada.) Ya está aquí.

LADISLADA.—En este patio descanso del barullo... Aquí viene mi don Pedro. Le gusta á una el trato de las personas bien criadas. (Dirígese al banco y se sienta.)

DON PEDRO.—(Con galán contoneo se acerca.) Ya estaba yo en ascuas, señora mía. Como ayer no bajó usted, pensaba que...

LADISLADA.—Estuve mala, sí. La condenada reúma no me suelta, y ayer me saltó el dolor á esta paletilla, cogiéndome hasta el codo, ¡ay! Estaba como envarada y sin juego del brazo.

DON PEDRO.—Pues con haberme llamado para darle una frotación...

LADISLADA.—¡Quítese! No fué menester. Achantadita en el dormitorio, con el agasajo de unas bayetas, y por dentro mis buenas sopas de puchero y dos cortadillos del blanco de Mudela, se me pasó. ¿Y usted, qué tal se encuentra? (Saca de un bolsón su labor de media y trabaja.)

DON PEDRO.—Yo, como siempre, más duro que el roble y más templado que el acero. Y con la salud conservo mi... mi golpe de vista, mis corazonadas. Cuando la ví á usted entrar en la *Indulgencia*, tres semanas há, me pareció que la había tratado toda la vida. ¡Tal fué la simpatía...!

LADISLADA.—¡Engañador, ponderativo! Bien se ve que es usted de Madrid.

DON PEDRO.—Pedro Minio es mi nombre; nací en la Mancha, país del ensueño.

LADISLADA.—Yo soy de Yebra, en la Alcarria.

DON PEDRO.—¡Oh, el país de la miel! Bien se le conoce á usted por la dulzura. (Ladislada suelta la risa.) Y á propósito: la

llaman á usted Ladislada; pero yo creo, con perdón, que siendo ese nombre el femenino de Ladislao, San Ladislao, Rey de Hungría, debemos llamar á usted Ladisla...a, y así resulta el nombre de una suavidad, de una finura exquisita. No sé qué dulzura siente el alma y la lengua al pronunciarlo así. Todo el nombre es poesía, y las últimas letras parece que gotean almíbar. (Como en éxtasis.) Ladisla... a...

LADISLADA.—(Risueña.) ¡Qué risa con el mancheguito éste! (Inquieta por la presencia de los tres jugadores y de Berdejo, que admira y celebra con risas infantiles su obra.) Esos vagos... ¿qué hacen?

DON PEDRO.—Matar el tiempo. Ni don Telémaco y compañía, ni el angelón de Berdejo, nos estorban. Sigamos.

LADISLADA.—Dígame otra cosa: ¿no ha dejado familia en la Mancha ó en Madrid?

DON PEDRO.—No, señora: el sobrino que me vive es como si no existiera para mí. Hace veinticinco años que emigró á los Estados Unidos. Nunca me ha escrito. Oí que se ha hecho millonario y que casó con una mostrenca también millonaria. No sé más.

LADISLADA.—Pues yo tengo dos sobrinas, guapitas ellas, alocadas y escandalosas. Vinieron del pueblo á servir. Del servicio pasó una á la casa de Maternidad, la otra á las Arrepentidas. Después... no le cuento más porque me... me aflige, me da vergüenza. Vea cómo se me pone la cara.

DON PEDRO. — Terriblemente ruborizada. Pasemos á otro asunto.

BERDEJO.—(Les interrumpe Berdejo mostrándoles el muñequito.) Mira, Perico; mire, Ladislada... ¡ji, ji!...

LADISLADA.—¡Ay, qué preciosidad... qué rico!

BERDEJO.—Lo ofreceré á las señoras ancianas para que lo rifen. Ya me darán una parte de lo que recauden.

LADISLADA.—Lo rifaremos, ¡vaya! Acaba de adornarlo.

DON PEDRO.—Déjanos, honrado Berdejo. No interrumpas. (Retírase Berdejo con su obra á la mesa de la izquierda.)

LADISLADA.—Cuénteme usted ahora y dispénseme... Soy muy curiosona... ¿Qué desgracias le han traído á este Asilo? ¿Malos negocios tal vez...?

DON PEDRO.—Los negocios no eran malos de suyo... psch... lo

malo era mi cabeza. (Sorpresa de Ladis'ada.) Espérese un poco. Mala cabeza quiere decir, en lenguaje fino, que yo era un soñador, un enamorado del ideal.

LADISLADA.—¿Y qué dedal era ese?

DON PEDRO.—Ideal, i...deal.

LADISLADA.—Ya, ya entiendo. Cosa de idea. Usted llevaba una buena idea... ganar dinero para mantener á la familia... ¿Fué usted casado?

DON PEDRO.—No, señora. Mi familia... ha sido todo el sexo femenino, digamos bello sexo; mi flaco, mi debilidad, mi dicha y mi desdicha, Ladisla...a. Desde mi tierna infancia, desde mi florida juventud hasta mis años maduros, no ha hecho este cura más que enamorar á toda mujer que veía.

LADISLADA.—(Que ha oído con la boca abierta, prorrumpe en exclamaciones.) ¡Jesús! ¿Y lo dice tan fresco? ¡Vaya un peine! (Se santigua.) ¡A toda mujer que veía!

DON PEDRO.—A toda, gorda ó flaca, noble ó plebeya.

LADISLADA.—No sé cómo le oigo con calma. Mire cómo me he puesto. (Señalando su rostro.)

DON PEDRO.—Ya lo veo: encarnadísima. Así está usted más bella.

LADISLADA.—Cállese por Dios. ¿Y qué hacía con tantas mujeres? Más le valiera escoger entre tantas una sola y vivir como Dios manda.

DON PEDRO.—Es que en ninguna encontraba mi ideal.

LADISLADA.—Porque no tenía usted pupila para buscarlo. Yo he sido más afortunada, don Pedro... Yo me casé tres veces.

DON PEDRO.—¿Tres veces? Es poco. Yo me he casado más de mil y nunca he sido viudo.

LADISLADA.—¡Bonita cosa! ¡Vaya con el mancheguito! (Recelosa de los testigos importunos.) Y ¡vaya con el cuajo de estos simplones! No se van.

DON PEDRO.—Trataré de echarles... (Dirígese á la mesilla.) ¿Qué hacen los vagos de oficio?

ETELVINA.—(Enojada, soltando las barajas.) Don Pedrín ó don Gaita, hamos jugado un tute. Ya se echaron los calculorios. Don Teleme es mágico, brujo y negromante, que sabe averiguar lo que ha de venir.

DON PEDRO.—Y ya sabrán el número de la Lotería que ha de salir premiado.

ETELVINA.—Lo sabemos, y aquí está el número. (Lo saca del seno.)

DON TELÉMACO.—Dámelo. (Lo coge de manos de Etelvina.) Quiero repetir el cálculo para comprobar...

PASCASIA.—(Aparece en la puerta de la valla del fondo.) Venid, venid, para que veáis una señorona inflá como un pavo, toa diamantes, plumas y fachenda. Hacia la huerta va. Venid pronto.

ETELVINA.—Vamos.

VIEJO.—Vamos á verlo.

PASCASIA.—Venga, Ladislada.

LADISLADA.—Ahora voy...

DON PEDRO.—(Empujándole.) Ve tú también, Berdejo. (Vanse presurosos por el fondo los tres. Don Telémaco permanece inmóvil. Saca un papel lleno de garabatos, y se enfrasca en sus cálculos. Don Pedro vuelve junto á Ladislada.) Al fin nos dejan solos. Ya podemos hablar con libertad.

LADISLADA.—Vayan con Dios.

DON PEDRO.—Este marmolillo de don Telémaco es como si no existiera. Véale usted. Montado en sus números, se pasea por las estrellas... Con que quiere usted saber...

LADISLADA.—Rabiando estoy porque me diga cuál era su ocupación, su oficio. Siéntese.

DON PEDRO.—Célebre, más que célebre ha sido Pedro Minio en toda la Mancha. Le contaré á usted lo principal de mi historia. (Tira el puro y se sienta.) ¡Oh, Mancha, tierra del ideal, del ensueño sin fin!... Pues verá usted. Muy joven me estrené yo en el comercio, trabajando en el azafrán, granjería que me dejó mi padre. Después emprendí el negocio de vinos y aguardientes. Pronto gané mucho dinero. ¿Pero de qué me valía si en cuanto veía yo una mujer bonita, me emborrachaba...?

LADISLADA.—¿De aguardiente?

DON PEDRO.—No, señora: de idealismo... y adiós mis vinos y alcoholes...

LADISLADA.—(Suspira fuerte.) Pero esas bobaliconas, sabiendo que era usted tan calaverón, ¿le hacían caso?

DON PEDRO.—¡Que si me hacían caso, María Santísima! Cuan-

do yo no las buscaba, corrían ellas tras de mí como cabras desmandadas. En fin, yo recorría todos los pueblos de la Mancha, comprando vinos y vendiendo amores. En todo aquel país ancho y tendido, tierra de ilusión sin término, Pedro Minio estuvo *pedrominando*, ó predominando, que de entrambos modos puedo decirlo, como galán y como vinatero, durante largos años; y tan desdichado fué al cabo mi *pedrominio*, que un día, al llegarme á una de las principales poblaciones manchegas, salieron contra mí armados de garrotes y escopetas todos los maridos del pueblo.

LADISLADA.—¡Virgen del Carmen! ¿Y cómo escapó?

DON PEDRO.—Por pies.

LADISLADA.—¿Y así podía vivir?

DON PEDRO.—No, Ladisla...a. Tan no podía vivir, que tuve que abandonar mi país y me vine á Madrid, y aquí me establecí con el mismo negocio.

LADISLADA.—Y con los mismos vicios. Bien merecida le está su ruína... Tome ilusioncitas, tome *ideiles* y monsergas. Y en esa vida de calavera infundioso, le cogió á mi don Pedro la vejez, perdió hasta el último real, le embargaron, le persiguieron, le plantaron en medio de la calle.

DON PEDRO.—En la calle me ví sin una mota, pero con bríos para seguir luchando. Con dinero prestado, puse un *Salón para peinar señoras*, luego una *Agencia para colocar criadas.* Allí, con tanta señora despeinada y tanta criada bonita, se me fué otra vez la cabeza, y como al propio tiempo no sabía yo corregir el peor de mis vicios, que era dar mi dinero á todo el que á mí acudía con alguna necesidad, vino el trueno gordo y batacazo final.

LADISLADA.—¡Ay, qué pena!

DON TELÉMACO.—(Desesperado porque no le sale bien el cálculo.) ¿Pero qué tienen estos perversos números que no dan la verdad? (Hablando con los números y golpeando la mesa.) No es eso, no es eso, ¡jinojo! (Reanuda su trabajo.) Vamos... Otra vez.

DON PEDRO.—(Continúa sin hacer caso de don Telémaco.) Hoy comía las sobras de un hospital, mañana las de un cuartel.

LADISLADA.—(Afligida.) ¡Ay, no siga! Se me parte el corazón oyéndole.

DON PEDRO.—Pues... asómbrese, Ladisla...a... Al bello sexo, á mi adorado bello sexo, debí la salvación. De la calle me recogieron unas señoras pías, y me trajeron á este santo Asilo, que es para mí la ciudad encantada, porque aquí como, bebo, fumo, voy bien vestido y me divierto... Y además, aquí me encuentro con lo que creí dejar en el mundo: el divino, el santo ideal.

LADISLADA.—(Asustada.) ¿Aquí esas cosas mundanas?

DON PEDRO.—Aquí... (Poniéndose tierno.) ¡Oh, Ladisla...a, mi sino es amar, y ha llegado el momento de ver realizado el ensueño de toda la vida!

LADISLADA.—(Tomándolo á broma.) A buena hora, mangas verdes.

DON PEDRO.—(Con afectada timidez.) ¿Quién puede ser la persona que...? No acierto á nombrarla... Hasta el mirarla tan de cerca me encandila... me turba... Y ahora, ahora soy yo el que se ruboriza.

LADISLADA.—(Turbadísima.) ¡Ay, Dios mío! ¿Por mí lo dice?... ¡Qué vergüenza! ¡Valiente pillo!... Míreme á la cara. ¿Cómo la tengo?

DON PEDRO.—Como el propio sol. Toda luz, toda llamas.

LADISLADA.—(Levántase.) Déjeme, déjeme. ¡Ay qué bochorno!

DON PEDRO.—Amiga mía, sosiéguese. (Quiere obligarla á que se siente.) ¡Si lo he dicho con buen fin!

LADISLADA.—Quite allá... Está usted más loco que...

DON PEDRO.—Conservo mi sano juicio: óigame.

LADISLADA.—Ni con bueno ni con mal fin puedo hacerle caso.

DON PEDRO.—Siéntese y escuche. Yo se lo suplico.

LADISLADA.—(Transigiendo.) Me sentaré; pero sepa que me ofende. Con todos los fines es imposible que yo... Y hay una razón.

DON PEDRO.—¿Cuál?

LADISLADA.—¿Se hace el bobito? (Se burla de él con mueca graciosa.) ¿Pero no ve que soy una vieja?

DON PEDRO.—(Enfático.) Protesto, y me permito desmentir á usted terminantemente. Yo, gran conocedor de mujeres, afirmo y declaro por mi honor que es usted una soberbia jamona, y que tiene un aire de majestad que ya lo quisieran más de cuatro.

LADISLADA.—(Gradación de enojo á la risa.) ¡Ay, no se burle, no me haga reir! ¡Embustero, mala persona! Vieja soy,

aunque no mal conservada. Tengo mi dentadura bien entera. (Enseña los dientes.) Cuando yo era muchacha, daba gusto verme, según decían. ¡Anda, anda! Salía yo de paseo los domingos, ¡ay, qué Madrid éste! y por las calles iba pisando las flores que me echaban los señoritos. Pero ya pasó todo; ya no soy más que una ruína. Con esta reúma y esta pesadez, ¿de qué le vale á una conservar la caída de ojos y el blanco dentamen? Mire usted. Cuando cerró la pestaña mi tercer marido, aún tenía yo buen ver. Como que estuve apalabrada para casarme con un mayordomo de la casa en que fuí cocinera.

DON PEDRO.—(Con júbilo.) ¡Cocinera!

LADISLADA.—¿Qué? ¿Le gusta ese oficio?

DON PEDRO.—Me entusiasma.

LADISLADA.—Pues he sido cocinera de casa grande. Ganaba mis doce duros.

DON PEDRO.—¡Maestra de arte culinario! ¡Si es el complemento de la felicidad! El hombre que posea tal gloria, puede contar con que cada día le ponga su esposa un platito fino y suculento.

LADISLADA.—No me haga usted reir, don Pedro, que con la risa me salta el dolor á la paletilla y veo las estrellas.

DON PEDRO.—La estrella de Oriente, la que nos trajo á los Reyes Magos, ví yo cuando usted entró en esta casa.

LADISLADA.—¡Ay, ya no estamos más que para que Dios nos lleve á su santo seno!

DON PEDRO.—(Galleando.) ¡Oh, no, Ladislada! Soy un hombre en buena edad. (Se pasea haciendo el pollo.)

LADISLADA.—¡Pobre señor, si no puede ya con los calzones!

DON PEDRO.—Se equivoca usted, amiga mía. Conservo mi salud de hierro, mi temple fogoso.

DON TELÉMACO.—(Furioso con los números, dando fuertes palmadas sobre el papel.) No, no: habéis de darme una cifra de once números acabada en dos ochos... dos ochos y no tres. (Airado, vuelve á calcular.) Otra vez.

DON PEDRO.—(Tranquilizando á Ladislada.) No haga caso del pobre mágico.

LADISLADA.—Venga acá, don Perico. Hagamos trato de amistad honrada, como de señora á caballero.

DON PEDRO.—De caballero á señora. Bien (Suspirando), accedo. Amistad... pero con confianza.

LADISLADA.—Confianza decente; ¡cuidado!... Y para que vea que le estimo de veras, empezaré yo (Risueña y algo picaresca) revelándole un secretillo.

DON PEDRO.—Venga, venga pronto.

LADISLADA.—Guárdeme el secreto, don Perico.

DON PEDRO.—De caballero á señora.

LADISLADA.—Es cosa de mis sobrinas. Pues aunque las pobres son... ya usted sabe...

DON PEDRO.—Traviesas...

LADISLADA.—Me quieren. Son muy cariñosas... Verá usted. Vienen á verme todas las semanas. Un día me traen cerezas, otro pastelitos muy ricos...

DON PEDRO.—¿No le queda alguno?

LADISLADA.—¡Goloso! Pues el domingo me obsequiaron con unas ligas. ¡Ay qué ligas! Son de lo más elegante... ¿Quiere que se las enseñe?

DON PEDRO.—¿Las tiene puestas?

LADISLADA.—¡Ay, qué malo y qué resinvergüenza! ¡Cómo había yo de ponerme lo que es tan fuera de mi condición! Las tengo guardadas... Y cuidado con hablar de esto. (Don Pedro hace signos de discreción caballeresca.) Bueno: pues ayer, ayer me trajeron una cosa que á mí me gusta mucho, ¡ay! pero mucho, ¡ji... ji!...

DON PEDRO.—¿Puedo verla?

LADISLADA.—No es cosa para ver. Adivínelo.

DON PEDRO.—(Pensando.) ¿Cosa que no se ve? Ya... una moneda de cinco duros.

LADISLADA.—¡Ay, que no lo acierta!... Es un perfume. Yo me pirro por los buenos olores, de esos que se le meten á una en el sentido. Es un saquito chiquirritín que tiene dentro una cosa que huele á gloria divina. Ello debe de ser de los moros ó de los chinos.

DON PEDRO.—(Con fatuidad.) Soy muy entendido en perfumes elegantes.

LADISLADA.—Pues á ver si conoce éste. Envuelto en un pañuelo, he metido aquí el saquito. (Señala el pecho por la clavícula izquierda.) Acérquese con disimulo.

DON PEDRO.—(Acércase discretamente, aspirando.) ¡Oh, qué aro-

ma!... ¡Perfume delicioso, embriagador! Lo conozco perfectamente. Es el que usan las odaliscas en los harenes. (Aspirando de nuevo.) ¡Ay, qué delicia! (Suenan dos toques de campana.)

LADISLADA.—(Siente voces por el fondo.) No más, no más. Ya vienen los compañeros.

DON PEDRO.—(Con solemnidad enfática.) Hermosa Ladislada, queda sellado el pacto, el compromiso de ideal amistad. (Empiezan á entrar los que se indican.)

ESCENA V

LADISLADA, D. PEDRO.—HORTENSIA, FANNY, TERRANOVA, SOR BONIFACIA, LA MILAGROS, ETELVINA, POLIDURA, VIEJAS y VIEJOS, que se van esparciendo por derecha é izquierda. D. PEDRO se retira á la derecha, junto á DON TELÉMACO. LADISLADA se incorpora á las VIEJAS.

FANNY.—Todo es admirable, mamá, y responde á un alto pensamiento de humanidad.

TERRANOVA.—Se ve el intento de dar á los viejos la ilusión de la vida general.

HORT.—Dispénseme la ilustre fundadora de *La Indulgencia*: yo veo en su obra tanta extravagancia como virtud. Sobra esplendidez en la organización doméstica; falta austeridad. La vida moral aparece aquí embarullada dentro de un laberinto de recreos y distracciones.

FANNY.—El teatrito y el *cine* son una preciosidad.

HORT.—(A Sor Bonifacia.) En este teatro, ¿dan funciones los viejos de la casa?

SOR BONIFACIA.—Sí, señora. Estudian y representan comedias de risa, y se divierten como criaturas. Algunos se pelean por los papeles de galán joven.

FANNY.—¡Qué monada!

HORT.—Aberraciones, hija mía. Pero nada me ha sorprendido como el café.

FANNY.—Un café chiquitín, con sus mesitas, su mostrador, sus botellas de licores...

TERRANOVA.—Y sus parroquianos y parroquianas.

HORT.—Advertí que se convidaban unos á otros; que éste reía, el otro pagaba.

TERRANOVA.—Diga, Hermana: ¿pero estos desgraciados llevan dinero en el bolsillo?

SOR BONIFACIA.—Sí, señor: el numerario de la casa.

HORT.—Será moneda figurada, que se les da para que gocen la ilusión del dinero.

POLIDURA.—(Es un viejo de buena presencia. Con más arrogancia que timidez, se acerca.) Véanlo, señoras. Es dinero, tan dinero como el del Gobierno. (Saca y muestra un puñado de monedas de níquel.)

HORT.—(Coge y examina una moneda.) Chapitas de níquel. (Lee.) *Nuestra Señora de La Indulgencia... cincuenta céntimos.*

FANNY.—(Que ha cogido otra monedita.) Esta dice: *una peseta.*

TERRANOVA.—(Lo mismo.) *Dos pesetas.*

SOR BONIFACIA.—Cuando entran aquí, se les da una cantidad...

HORT.—Ya me lo dijo el Capellán: cantidad que pueden aumentar ó disminuir...

SOR BONIFACIA.—Como que hay trabajos remunerados, hay Caja de ahorros... Y para gastar tienen café, billares, teatro, juegos lícitos...

HORT.—(A Polidura.) ¿Y estas chapas son para ustedes lo mismo que plata?

POLIDURA.—Lo mismo. Viéndolas correr... allí cobro, aquí gasto, acabamos por darles tanto valor como á las chapas del Gobierno ó más.

FANNY.—¿Y usted qué oficio tuvo antes de ser recogido aquí?... ¿Qué era?

POLIDURA.—Desgraciado.

HORT.—¿Comerciaba usted?

POLIDURA.—Quebraba; ese era mi oficio: quebrar. Parece que fué maldición. Mi padre me dejó una tienda de bragueros... Quebré á los seis meses, y luego emprendí varias industrias, que fueron otros tantos quebraderos de cabeza y de bolsillo. En sin fin de tiendas puse mi nombre y rótulo: *Cabrería*, *Café económico*, *Aguardiente*

higiénico, *Jeringas y lacre*, *La Evidencia en calzado*, *El Desengaño en gorras*. En todas quebré. Y cuando ya tenía preparado mi gran negocio de *Vinos á domicilio* por un sistema de tubos desde el depósito á las casas, por falta de capital se me vino todo á tierra. Después la ruína, la vejez, la miseria, el asilo... (Saludando.) Isidro Polidura, para servirles.

TERRANOVA.—Aquí no hay quiebras, amigo. Aquí está usted en grande.

FANNY.—(Volviéndose hacia el grupo de las viejas que están detrás.) ¿Y las ancianitas...? A ver: cuéntennos.

PASCASIA.—(Desgarradota, achulada.) Señoras serenísimas: Pascasia me llamo, cigarrera fuí... treinta años y más en la Fábrica... calculen. Por marido tuve á un guapo gandul, comparando mal, que me zurraba y me tiraba del moño por un sí como por un no. El hijo se me hizo carterista... La niña mayor, que era un granito de mostaza, se me escapó á la Habana con un *lipendi*... Seis hijos más, todos muertos en la flor... Mis ojos llorando, mis dedos soltando pitillos, así se me ha ido la vida... vida de perros... No respiré, no viví hasta que las olas de Dios, pum, me trujeron á esta playa.

FANNY—¡Pobrecilla! Aquí hallaste la paz.

SOR BONIFACIA.—(Presentando á Ladislada.) Esta ha sido cocinera de casa grande.

FANNY.—Vaya, vaya...

HORT.—Y aquí ayudará usted á las Hermanas que trabajan en la cocina.

LADISLADA.—No, señora, porque con el calor de las hornillas se me sube la sangre á la cabeza y me pongo muy mala.

SOR BONIFACIA.—Cuando la Hermana Cocinera no está muy fuerte en algún guisado, ésta le explica, le da lecciones.

HORT.—Buena maestra será. Y la más anciana de esta Comunidad, ¿cuál es?

SOR BONIFACIA.—(Abrese el grupo y Sor Bonifacia saca de la mano á la Milagros.) Aquí la tiene usted... La Milagros... Noventa y ocho años. (Saluda la Milagros con reverencia. Trémula, se apoya en un palo. Trae flores en la cabeza.)

FANNY.—¡Y qué bien se adorna la cabeza!

MILAGROS.—Ya de tan vieja soy como un altar.

HORT.—Y tan famosa, tan animada.

FANNY.—Casi un siglo. ¡Qué asombro! ¡Y qué de cosas habrá usted podido hacer en un siglo!

MILAGROS.—He sido lavandera. Estas manos han lavado la ropa de Mendizábal, de Espartero, de Narváez; la ropa de Julián Romea, de Sagasta, del padre Claret y de don Emilio Castelar. (Risas y exclamaciones de asombro.)

TERRANOVA.—Eso es refregar con agua y jabón un siglo de Historia.

HORT.—Como es tan viejecita, no trabajará usted ni ganará chapas ó dinero.

MILAGROS.—No lo necesito, porque cada uno de estos señores y señoras tiene que darme, según reglamento, diez céntimos cada domingo, por el achaque de ser la más vieja. Todos los días me tomo mi café y mi copa. Soy de las que tienen bula para una copita cada día... Sí, señoras, y tan contenta. Luego tengo entrada gratis y asiento de preferencia en el teatro.

HORT.—¿Y qué días hay función?

MILAGROS.—Ciertos días no más... Ya lo pone el periódico.

HORT.—(Asombrada.) ¿Pero también hay aquí periódico?

SOR BONIFACIA.—Sí, señora: el periódico de la casa.

FANNY.—¿Y lo escriben los viejos?

SOR BONIFACIA.—Si, señora. Se entretienen. Ingenios hay en la casa para todo. Tratan unos de los grandes beneficios de *La Indulgencia*. (Risueña mira hacia don Pedro, como queriendo llamarle.)

DON PEDRO.—(Que está á la derecha hablando con don Telémaco.) Sor Bonifacia habla de mí, del periódico... No estoy en traje conveniente para presentarme á esas señoras. (Se escabulle, desaparece por el fondo.)

TERRANOVA.—Es admirable.

FANNY.—Meritorio hasta no más.

SOR BONIFACIA.—Otros cultivan el género de pura amenidad, anécdotas, versitos... También refiere el periódico las visitas de personas ilustres; trae reseñas de las funciones de nuestro teatro, y la lista de los premios de la Lotería.

HORT.—(Aterrada.) ¡Lotería! ¿aquí Lotería?

SOR BONIFACIA.—Sí, señora.

PASCASIA.—Pues aviadas estaríamos sin esa distracción...

SOR BONIFACIA.—Es uno de los puntos en que puso todo su cuidado la santa fundadora.

TERRANOVA.—Para dar á estos infelices la completa ilusión de vida española.

FANNY.—Y arrullarles en dulces esperanzas.

POLIDURA.—Todo lo hacemos como en la Lotería del Gobierno.

ETELVINA.—Yo pregono y vendo la Lista Grande... Es mi alegría el pregonar.

MILAGROS.—Y todas jugamos.

PASCASIA.—Soñamos con el premio.

LADISLADA.—Y cuando no hay ganancia, volvemos á soñar.

PASCASIA.—Ganando y perdiendo nos divertimos la mar.

HORT.—Esto es un delirio.

FANNY.—Para que el espejismo sea completo, sólo falta aquí...

HORT.—Ya lo estaba yo pensando: una plaza de toros.

SOR BONIFACIA.—Eso no tenemos. Unicamente se les permite jugar al toro alguna vez.

HORT.—(Burlona.) ¿Con la cesta cornuda y...? (Sale por la izquierda Sor Vicenta, que llama á Sor Bonifacia.)

SOR BONIFACIA.—Permítanme... (Retírase á la izquierda.)

FANNY.—Mamá, no niegues que esto es interesantísimo.

HORT.—Veo todas las licencias y malos hábitos incompatibles con el recogimiento... En la fundación que proyectamos Abelardo y yo, seguiremos mejor camino.

FANNY.—Dí, mamá: ¿se sabe ya si es aquí donde está el tío de Abelardo?

TERRANOVA.—Creo que es aquí.

HORT.—Ya nos lo dirá el Doctor. Vámonos.

FANNY.—¿No vemos algo más?

HORT.—Basta, hija. Los viejos me entristecen. Esto me hace el efecto de un osario que se mueve, y de calaveras que ríen á carcajadas.

FANNY.—(A Sor Bonifacia.) Hermana, ¿se queda usted?

SOR BONIFACIA.—Dispénsenme que no salga con ustedes. Esta Hermana las acompañará. (Hacen reverencias viejas y viejos.)

HORT.—Adiós, y gracias mil.

SOR BONIFACIA.—Siempre á sus órdenes. (Salen Hortensia, Fanny y Terranova seguidos de la Hermana.)

ESCENA VI

Los mismos, menos HORTENSIA, FANNY, TERRANOVA. Las viejas forman á la izquierda un corro en derredor de una mesa; trabajan todas, menos Etelvina, en labores de aguja ó gancho. Pascasia hace pitillos.

POLIDURA.—¿Qué me decís de esta panfilona?

ETELVINA.—Que está más pintá que el Museo.

POLIDURA.—La mar de rica será, con más billetes y más oro que la Lonja del Almidón.

PASCASIA.—Pa mí que todo lo tiene postizo: el moño, las muelas y el tabernáculo. La hija es monilla.

SOR BONIFACIA.—(Pasando junto á ellas.) Señoras, charlen y rían cuanto quieran; pero no hagan befa de las personas que nos visitan.

MILAGROS.—Gozo de viejos es quitar pellejos.

SOR BONIFACIA.—Dé usted ejemplo, Milagros.

MILAGROS.—Hermanita salada, ¿me deja fumar un pitillo?

PASCASIÁ.—(Cogiendo un pitillo de la cajita en que tiene su obra.) ¿Se lo doy?

SOR BONIFACIA.—Dáselo: que fume y calle.

MILAGROS.—(Tomando el pitillo.) Ven aquí, mi alegría.

POLIDURA.—(Ofrece á Milagros un fósforo encendido.) ¿Y á mí no me da otro, *señá* Pascasia?

PASCASIA.—So fresco, ¿no tiene allí el estanco?

POLIDURA.—Ea, no es para chillar tanto. (A una seña de Sor Bonifacia, Pascasia da el pitillo á Polidura.)

MILAGROS.—(Chupando y fumando.) Una chupadita y dos y tres, saben mejor que el vino y que la miel.

ETELVINA.—(Viendo venir por el fondo á don Pedro y á Berdejo.) Ya vienen aquí esos pintureros.

PASCASIA.—A ver qué farsa nos traen hoy.

ESCENA VII

Los mismos.—Don Pedro, Berdejo y otros Ancianos. Berdejo trae su lindo muñequito vestido de trapos.

Don Pedro.—(Con rendimiento y finura.) Señoras Marquesas y Condesas: tengo el honor de presentarles al Chico de Berdejo, que acaba de llegar de Francia con las últimas novedades en niños de París... (Risas de las viejas.)

Pascasia.—Adelante, pollos.

Berdejo.—(Mostrando el muñeco, se expresa con timidez; sus palabras se enredan en la risa infantil.) Lo hice en París, á donde he trasladado ¡ji, ji! los grandiosos talleres que aquí tuve, Carnero, 4, ¡ji, ji! el de niños de cartón, y el otro de soldados y cañoncitos de plomo, ¡ji, ji!.. *Competencia con Krupp.*

Milagros.—Asiéntense donde puedan, criaturas, y alternen.

Don Pedro.—El honrado Berdejo quiere que las venerables niñas rifen el nene.

Milagros.—¡Ay! no: el nene no se rifa. (Lo coge.) Es para mí. (Lo agasaja contra su seno.) Aquí, rico mío; al calorcito de tu madre. (Da dinero á Berdejo.)

Polidura.—(A Ladislada.) Excelentísima Marquesa de la Cacerola, ¿puedes decirme si para cenar tendremos *batallón?*

Ladislada.—Vizconde, tendremos un regimiento de judías verdes, y arroz con longaniza.

Don Pedro.—Fea y vulgar conversación para visitas de etiqueta.

Etelvina.—(Pasando por detrás de sus compañeras, se acerca á don Telémaco.) Dígame, don *Tele*, ¿el número que compremos va bien con lo que dicen sus jirigoncios?

Don Telémaco.—Mis cábalas, quieres decir. (De mal talante.) Pues no sé, no sé. Estos cochinos números se burlan de mí. Son las muecas de la cara del diablo. ¡Por más que les castigo, los arrastrados guarismos dicen que el gordo tendrá dos ochos, dos...!

ETELVINA.—¿Y el nuestro?

DON TELÉMACO.—(Iracundo.) ¡Rejinojo!... se descuelga con tres.

ETELVINA.—¡Por vida de los jirigoncios! ¿Y para esto se ha refrito la sesera?

POLIDURA.—(Que se ha acercado al grupo.) ¿Decís que el gordo vendrá montado en dos ochos? Pues el billete que tomaron esas pécoras tiene en medio ocho y ocho. ¡Ja, ja!... Pues no me voy á reir poco. Daré un bromazo á las viejas y un susto á don Pedro... veréis. (Pasa al corro de las viejas.) A ver, cotorronas, ¿no me habéis dicho que tenéis un número con dos ochos en medio?

PASCASIA.—Lo llevamos la señá Milagros y yo.

POLIDURA.—(Echa mano al bolsillo.) ¿Queréis venderlo? Al momento os lo compro.

MILAGROS.—Para tí estaba, gandulón.

PASCASIA.—¿Vendértelo? ¡Qué bruto! ¿Y si cae?

POLIDURA.—¿Qué ha de caer? Es que tengo yo capricho por ese número.

MILAGROS.—Límpiate, que estás de huevo, Polidura.

POLIDURA.—¿Y para qué quiere usted el premio, doña Siglos, si está ya, como aquel que dice, para que la embalsamen?

PASCASIA.—Sin vergüenza, no despotriques, no insultes.

DON PEDRO.—(Serio y enfático.) Amigo Polidura, es de mala educación mentar, y más aún, discutir la edad de las señoras.

POLIDURA.—Pues la discuto, ca...ramelos... me da la gana. (Enardeciéndose.)

DON PEDRO.—¡Eh, Polidura, á mí no me alce usted la voz!

POLIDURA.—A usted y al Verbo divino le alzo yo la voz cuando me faltan.

DON PEDRO.—(Petulante.) Yo no falto; instruyo, enseño la buena educación. Esto debe ser una sociedad decente. Basta de groserías. Planteo resueltamente la cuestión personal. (Las viejas ríen.) A quince pasos.

POLIDURA.—A quinientos pasos, ó á paso redoblado para llegar más pronto.

PASCASIA.—(Llama á Sor Bonifacia, que está en la puerta de la derecha.) Venga, Hermana, que estos niños quieren armar camorra.

MILAGROS.—Dejarlos. Así nos divertiremos.

SOR BONIFACIA.—(Acercándose presurosa.) ¿Qué es esto?

DON PEDRO.—A quince pasos, avanzando. (Escándalo y chillería de las viejas.)

LADISLADA.—Nada, Hermana Bonifacia: hablaban de los pasos de Semana Santa.

DON PEDRO.—Señora Hermana, no puede uno contener sus ímpetus naturales. (Se pasea.)

PASCASIA.—Azotitos merecen.

DON PEDRO.—(En su paseo se encuentra con Polidura.) Estoy á sus órdenes, Polidura.

POLIDURA.—Pues que usted lo pase bien.

SOR BONIFACIA.—Don Pedro, que le veo y le oigo; que voy á darle un tirón de orejas.

PASCASIA.—Y otro tirón al deslenguado de Polidura.

SOR BONIFACIA.—Ya les arreglaré á los dos. (A Ladislada.) Vaya usted á la cocina. La Hermana Cocinera tiene que hablarle.

LADISLADA.—Voy al momento. (Vase presurosa por la derecha. Suena una campana: tres toques.)

SOR BONIFACIA.—Ea, damas y galanes, llegó la hora gimnástica. Ya declina el sol. A la huerta grande todo el mundo. Ya sabéis lo que dice el Doctor: no emperezarse, no apoltronarse. Ejercicio, actividad. (Se levantan viejas y viejos, dirigiéndose al fondo.) Don Telémaco, tiene usted que dar la vuelta grande diez veces. Le permito que vaya después al café.

MILAGROS.—Y yo, del brazo de Pascasia, mis seis paseítos cortos. (Don Telémaco da el brazo á Etelvina y salen juntos.)

SOR BONIFACIA.—(Cogiendo por un brazo á don Pedro.) Usted se queda aquí conmigo.

DON PEDRO.—(Sorprendido.) ¡Yo, Hermana!

SOR BONIFACIA.—(Le tira de la oreja.) Aquí, digo. (Del dolor del estirón chilla don Pedro.) Picarillo, ¿con que desafío tenemos?... (Le suelta.)

DON PEDRO.—Señora, yo...

SOR BONIFACIA.—¿Qué ha sido? ¿Broma, chiquillada?

DON PEDRO.—Juego social por lo elegante... ilusión de vida.

SOR BONIFACIA.—Bueno... Está usted perdonado. (Van desapareciendo todos los viejos.)

ESCENA VIII

DON PEDRO, SOR BONIFACIA; al fin de la escena, LADISLADA.

SOR BONIFACIA.—(Severa.) No piensa usted más que en jugar. ¡Vaya con el chiquitín! (Vuelve á tirarle de la oreja.) Venga usted aquí. Siéntese.

DON PEDRO.—(Dolorido de la oreja.) ¡Ay!

SOR BONIFACIA.—¿Duele?

DON PEDRO.—Me duele y me da gusto. Tíreme de la otra.

SOR BONIFACIA.—He dicho que se siente.

DON PEDRO.—¡Perdón, Hermana! Mi educación me prohibe sentarme delante de una señora que está en pie. Mándeme que me arrodille. De rodillas ante la señora y la santa; sentado, no.

SOR BONIFACIA.—Es que es usted viejo, y la vejez reclama comodidades.

DON PEDRO.—(Queriendo protestar.) Viejo, hasta cierto punto no más.

SOR BONIFACIA.—¿Ya viene presumiendo...?

DON PEDRO.—La cortesía y la gratitud me mandan acatar todo lo que usted dice. Estoy frente á una santa y noble dama, que al propio tiempo es un dechado de hermosura.

SOR BONIFACIA.—(Severa.) Mil veces le he reprendido sus irreverencias... y usted incorregible.

DON PEDRO.—Señora, no hago más que alabar la obra de Dios.

SOR BONIFACIA.—Don Pedro, mire que... (Le amenaza.) En fin, no me irrite.

DON PEDRO.—Yo veo perfecta armonía entre la santidad y la hermosura. Fíjese usted en los altares, Hermana Bonifacia. No verá usted en ellos ninguna santa fea... Y de menos nos hizo Dios... Yo podría ser también figura religiosa.

SOR BONIFACIA.—(Burlona.) ¿Usted? ¡Qué gracia!

DON PEDRO.—Yo imagino por un momento que somos Abelardo y Heloísa.

SOR BONIFACIA.—(Tapándose los oídos.) ¡Jesús, Jesús! ¡Qué desatino!

DON PEDRO.—Perdone usted. Debí decir Heloísa y Abelardo. La señora primero.

SOR BONIFACIA.—¡Ay, qué hombre más tonto! Ea, basta de simplezas, y oiga lo que tengo que comunicarle. Y como es cosa de gravedad, le recomiendo que no se altere, que no se arrebate.

DON PEDRO.—Mala noticia tal vez. (Queda suspenso.)

SOR BONIFACIA.—No: es buena. Pero no quiero dársela de golpe y porrazo. Las impresiones fuertes, aun siendo buenas, trastornan á las personas débiles.

DON PEDRO.—Soy de bronce. Venga el escopetazo.

SOR BONIFACIA.—¿Tiene usted familia?

DON PEDRO.—¿Familia? Como no me haya salido algún hijo... No sería extraño. ¡Podrían salirme tantos!...

SOR BONIFACIA.—De hijos no se trata. ¿No tiene usted algún sobrino?

DON PEDRO.—Abelardo. ¡Qué coincidencia! Hace un momento nombré al otro Abelardo... el de doña Heloísa... Pues mi sobrino está en América. De él he sabido que vivió y trabajó en Nueva York; luego en Chicago, donde ha ganado millones en el comercio de cerdos y en la fabricación de embutidos. Es el rey del chorizo. ¿Se ha sabido de él?

SOR BONIFACIA.—Se ha sabido que está en Madrid.

DON PEDRO.—(Estupefacto.) ¡En Madrid mi sobrino!

SOR BONIFACIA.—Hoy estuvo aquí, sentado en ese banco. Su señora visitó detenidamente todas las dependencias de esta casa.

DON PEDRO.—¿Aquella tarasca... digo, aquella dama tan elegante...? Parece cuento... ¿Y vienen de paso?

SOR BONIFACIA.—No, no. Se establecen en España.

DON PEDRO.—Y dígame: traen... Dispénseme, Hermana. Estoy como atontado. ¿Mi sobrino trae...? (Indicando dinero.)

SOR BONIFACIA.—Sí, hombre, sí. Es millonario. Millones de pesos, según dicen. El es riquísimo, su esposa también. No tienen hijos.

DON PEDRO.—Hacen bien en no tenerlos. Los hijos no sirven más que para dar disgustos. ¿Y esa señorita...?

SOR BONIFACIA.—Es hija de esa señora y de su primero ó de su segundo marido. ¿Qué más quiere saber? (Recordando.) ¡Ah! Don Abelardo está enfermo... es un catálogo de enfermedades. Da lástima verle.

DON PEDRO.—(Con súbito arrebato.) ¡Abelardo, hijo mío! ¿Y él... mi propio sobrino encargó á usted que me notificara...?

SOR BONIFACIA.—Directamente, no. Lo ha hecho por mediación del Doctor.

DON PEDRO.—(Muy agitado.) ¡Hijo de mi alma! Reparas al fin tu olvido... deseas que tu tío carnal, el hermano de tu madre, viva con el decoro que le corresponde por su educación, por su brillante historia, por su...

SOR BONIFACIA.—En buena ley, don Abelardo debe mirar por usted. Esta mañana decía nuestro Doctor: «Lo menos, lo menos que le ha de tocar á don Pedro, es un millon-cito de pesetas.»

DON PEDRO.—¡Ay, ay! Hermana, su boca de ángel canta las alabanzas del Eterno.

SOR BONIFACIA.—Ya está usted barbarizando.

DON PEDRO.—No barbarizo... bendigo á Dios, bendigo á usted, bendigo á Nueva York y Chicago... y á mi sobrino y á la Marcolfa... digo, á la excelentísima dama hermosa. ¡Ay! me canso, no sé lo que digo. La sorpresa me ha herido como un rayo. (Cae desfallecido en el banco.)

SOR BONIFACIA.—¡Ay, que se ha sentado! ¿No decía que...?

DON PEDRO.—(Levantándose de un brinco.) No, no me siento; me arrodillo. (Se arrodilla.) *¡Gloria in excelsis!...* ¡Viva España! ¡Vivan las monjas bonitas!

SOR BONIFACIA.—(Conteniendo la risa.) Basta, señor. No haga más locuras.

DON PEDRO.—(Se pone en pie.) Es que... el suceso es de los que hacen época... suceso histórico... más, más que histórico, bíblico... Estamos en el Paraíso terrenal. Por un momento no más, me figuro que usted y yo somos Adán y Eva.

SOR BONIFACIA.—(Tapándose la cara.) Cállese, indecente.

DON PEDRO.—Personas decentísimas son Adán y Eva, y yo los invoco para expresar que...

SOR BONIFACIA.—Cállese ó me voy, desvergonzado. Bien se ve

que la perspectiva del millón le ha trastornado el juicio... Pues su sobrino se ha hecho rico y quiere dejar memoria eterna de su paso por el mundo... Ya le dirá á usted que se propone fundar á todo gasto un Asilo de Ancianos como nuestra *Indulgencia*, ó mejor, mejor...

DON PEDRO.—¿De veras? Pues ahora veo claro los pensamientos de Abelardo con respecto á mí. Me favorece y al propio tiempo utiliza mis conocimientos en la materia, mi saber teórico y práctico. (Vivamente.) Hermana, recomiende usted á mi sobrino y á su esposa que lean mis artículos *Adorad á los Viejos* y *Caridad Integral*. El que tenemos impreso pueden leerlo en pruebas.

SOR BONIFACIA.—Los tres artículos leyó don Abelardo hace un rato, y los ha elogiado mucho.

DON PEDRO.—¿Y no dijo que seré Director?

SOR BONIFACIA.—Todavía es pronto, señor de Minio.

DON PEDRO —Para mí no hay, no puede haber duda: Dirección tenemos... (Aparece Ladislada por la derecha.)

LADISLADA.—¿Por qué grita, don Pedro? ¿Qué le pasa?

SOR BONIFACIA.—Las venturas inesperadas le han incendiado la mollera. (Dirígese hacia Ladislada.)

DON PEDRO.—(Disparado, paseándose en el proscenio, monologuizando de un modo incoherente.) Director técnico, facultativo, administrativo, *etcétera*. Grandes edificios; pabellones aquí, pabellones allá. Vida integral, caridad integral. No ambiciono riquezas, no ambiciono más que gloria. Mi estatua en el patio de honor. (Ladislada, después de oir á Sor Bonifacia, corre á los patios del foro á contar la buena nueva. Sor Bonifacia, risueña, contempla las locuras de don Pedro.) Arquitectos, venid; filántropos, venid; venid, jardineros, mecánicos, decoradores. Aquí hay dinero sin tasa para todo lo bueno y grandioso... Y yo en automóvil, y Ladisla...a conmigo, en busca de todos los adelantos: la ilusión de la vida integral, la ilusión del placer, de la felicidad. (Empiezan á entrar por el fondo algunos viejos y viejas, que ya, por Ladislada, saben la noticia.)

SOR BONIFACIA.—Don Pedro, pobrecito don Pedro, chiquillo inocente y juguetón, vuelva en sí... Tenga juicio.

DON PEDRO.—(Dándose golpes en el cráneo.) Cabeza directo-

ra, discurre, inventa. Ideas grandiosas, venid, alumbradme.

SOR BONIFACIA.—Si sigue así, tendremos que ponerle chichonera.

ESCENA IX

DON PEDRO, SOR BONIFACIA, POLIDURA, DON TELÉMACO, ETELVINA, LADISLADA, PASCASIA, MILAGROS, BERDEJO; otros viejos y viejas. Van saliendo conforme indica el diálogo.

POLIDURA.—(Que corre derecho á don Pedro y le abraza efusivamente.) Don Pedro de mi alma, soy el primero en darle las albricias. Por mil años sea. De la alegría no puedo hablar.

DON PEDRO.—(Con protección afectuosa.) Gracias, buen Polidura. Ya sabe cuánto le estimo.

POLIDURA.—La bronca de hace un rato, ya lo comprenderá usted, fué comedia, farándula para divertirnos.

DON PEDRO.—Sí, sí: pura broma, juego de muchachos.

POLIDURA.—(Abrazándole de nuevo.) Siempre amigos de corazón.

ETELVINA.—(Que entra con don Telémaco.) Se ha calzado el gordo y cien gordos sin comprar billete.

TELÉMACO.—Felicitemos al favorito de la fortuna, que la encuentra sin buscarla.

ETELVINA.—Que sea enhorabuena, don Pedrín.

DON TELÉMACO.—En mi pueblo hay un refrán que dice: *A quien Dios le quiere bien, la perra le pare lechones.*

DON PEDRO.—Gracias, y manden lo que gusten.

ETELVINA.—(Zalamera.) Rico, ¿verdá que harás algo por los probes?

DON PEDRO.—Sí, sí.

POLIDURA.—(Aparta bruscamente á Etelvina.) Vaya, no hay que arrimarse tanto.

ETELVINA.—¡Ay, qué tío! ¿Es usted del orden?

POLIDURA.—Es que estáis molestando, mujer.

DON PEDRO.—Déjales, Polidura. (Entran Berdejo y Ladislada con Milagros, que se apoya en Pascasia.)

MILAGROS.—Goce de la buena suerte, y no se nos infle de vanidad.

LADISLADA.—(Cariñosa.) ¡Qué alegría, don Pedro, cuando me lo dijo la Hermana! Usted se lo merece todo, porque es bueno, generoso y delicado.

DON PEDRO.—(Aparte á Ladislada.) Amiga del alma, tenemos que hablar...

LADISLADA.—(Como avergonzada.) ¡Ay! déjeme.

PASCASIA.—Démosle la enhorabuena, y pidámosle los aguinaldos.

POLIDURA. — (Interponién dose.) Adiós, Madrid. Llueven pedigüeños.

BERDEJO.—Yo sólo le pido que proteja la honradez.

ETELVINA.—Y yo que me proteja á mí, que soy honrada callejera. Consiga d el señor Marqués y de la Madre que quiten el estanco y me den á mí la venta ambulante de tabaco y cerillas. ¡Y viva don Pedrín, el lucero de España! (Ríen todos.)

DON PEDRO.—Vapor osa Etelvina, tendrás lo que deseas.

POLIDURA.—Pide más gollerías, cabra loca.

LADISLADA.—¡Po bre señor, cómo me le marean estos moscones! (Tirando todos de don Pedro, le llevan de una parte á otra, acosándole con peticiones.)

DON PEDRO.—(Atacado de alegría delirante.) Amigos... venid... Mis oídos y mi corazón se abren á vuestras amables peticiones...

POLIDURA.—(Tirándole del brazo, le lleva al centro.) Haga el favor. Como sabe, para montar mi negocio de vinos á domicilio por medio de tubos, muy poco dinero me bastará... Poco dinero, amigo Minio... unos cinco mil duros... Negocio loco, rendimientos colosales...

DON PEDRO.—(Estrechándole la mano.) Cuente con ellos...

BERDEJO.—(Tira del brazo á don Pedro y le lleva para otro lado.) Respetable y queridísimo paisano y amigo, ¡ji, ji!... Ya sabes que cuando perdí mi taller de muñecas y el otro de sold ados y cañoncitos de plomo...

DON PEDRO.—*Competencia con Krupp...* Ya sé...

BERDEJO.—Me metí á polvorista con mi primo Vicente, á quien desde entonces debía y debo seis mil reales. A dos dedos de su ruína ha estado el pobre; por no poder yo cum-

plir... ¡ji, ji!... Cree, amigo del alma, que esta deuda ha sido y es mi suplicio, mi pesadilla... Me amarga la vida, me quita el sueño... De tí, de tu grandeza de alma espero que saldes esa cuenta... Seis mil reales, Perico, que no van á ninguna parte... ¡ji, ji, ji! ¿Podrás, querrás?

DON PEDRO.—(Abrazándole.) Sí, sí: ¿qué menos puedo hacer por tan entrañable amigo?

BERDEJO.—(Lloroso.) Eres mi padre, ¡ji, ji!... no, mi hijo... no, ¡ji, ji! mi nieto.

DON TELÉMACO.—(Apoderándose de don Pedro, le lleva á otro lado.) Mis pretensiones son harto modestas... Ya sabe... Por amor propio, por revestirme de algún decoro en esta casa, quisiera que el señor Marqués me nombrase *Director de espectáculos públicos*... administrador de la Lotería, administrador también de... Fompas fúnebres... Pero fíjese bien, señor de Minio, que todo sea puramente honorífico. En esos cargos no haré más que inspeccionar, dirigir... De trabajo, nada. ¿No le parece razonable mi pretensión?

DON PEDRO.—Razonable y muy práctica...

DON TELÉMACO.—¿Puedo contar...?

DON PEDRO.—Puede, sí, darlo por concedido. El Marqués no me negará nada.

DON TELÉMACO.—¡Bien por los hombres de poderío!

ETELVINA.—¡Viva España con honra! (Se agrupan todos en derredor de don Pedro.)

PASCASIA.—Al buen señor, con estas satisfaiciones se le quitan diez años de encima.

BERDEJO.—¡Si está hecho un pollo!

POLIDURA.—¿Y no veis lo guapa que está Ladislada?

DON TELÉMACO.—Tan coloradita y con ese ángel...

POLIDURA.—¡Viva doña Ladislada!

TODOS.—¡Que viva! (Burlas de viejas. Espantada, Ladislada se lleva las manos al rostro.)

PASCASIA.—¡Ay, la niña vergonzosa!

LADISLADA.—¿Pero es tiempo de máscaras?... Pues sepan que yo no admito bromas.

POLIDURA.—¡Viva Pedro Minio, el opulento caballero!

BERDEJO.—El protector de la honradez... ¡ji, ji!...

PASCASIA.—¡Y viva la *señá* Diretora!

LADISLADA.—Cállese usted, so bruta.

DON PEDRO.—(Conmovido, radiante.) Gracias, gracias, amigos del alma. (Todos aplauden y chillan. Aparecen por la izquierda el Marqués y la Superiora. Los viejos se contienen, asustados.)

ESCENA X

LOS MISMOS.—EL MARQUÉS, LA SUPERIORA.

SUPERIORA.—¿Qué es esto?

MARQUÉS.—¿Qué ocurre?

SOR BONIFACIA.—Nada, señor... les he permitido que se embriaguen de ilusiones... por un momento no más.

SUPERIORA.—¡Qué escándalo!

MARQUÉS.—No se asuste, Madre. Es la hora de Carnaval que, según la fundadora, debe concedérseles una vez por semana.

POLIDURA.—¡Aúpa! (Le cogen por las piernas y le levantan en alto, aclamándole.)

DON PEDRO.—Pueblo mío, honrado pueblo, gracias. Pedro Minio os promete consagrar toda su vida á vuestra felicidad.

TODOS.—¡Viva Pedro Minio! (Responden con ruidosa exclamación.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Sala en la vivienda privada del patrono de La Indulgencia.—*El fondo de la estancia es todo de cristales, con las ventanas del centro abiertas; al extremo de la izquierda, puerta practicable.—Forillo de jardín.—A la derecha, dos puertas: la de segundo término comunica con el comedor y habitaciones altas de la casa; la de primer término, con la cocina y dependencias inferiores. A la izquierda, primer término, puerta que da al patio; en el testero, un armario grande practicable.—Mesa en el centro; sillones y sillas.—Es pleno día.*

ESCENA PRIMERA

La Superiora, Sor Vicenta, El Doctor; después Sor Bonifacia.

Superiora.—¿Sacó usted ya la mantelería?

Sor Vicenta.—Sí, señora: ya está en el comedor.

Superiora.—(Señalando al armario.) La cristalería fina está aquí.

Doctor.—(Entrando por la izquierda.) Buenos días, Madre y Hermana.

Superiora.—Dios le guarde, Doctor.

Doctor.—¿El Marqués ha bajado?

Superiora.—No tardará.

Doctor.—Me citó para revisar juntos la Estadística sanitaria. (Reparando en el trajín de Sor Vicenta.) ¿Afanaditas, eh... preparando una linda mesa?

Superiora.—Sí, señor... Y que en esta choza del señor Mar

qués no faltan medios para obsequiar decorosamente á una familia millonaria.

DOCTOR.—¡Calamidad como ella!

SUPERIORA.—Perdone un momento. (A la Hermana.) Los búcaros de porcelana y los centros de plata están aquí. (Vuelve frente al Doctor.) ¿Les ha hecho usted ya la visita de médico?

DOCTOR.—Sí, por mis pecados. Por cierto que tomarán al pie de la letra los términos de la invitación. A las diez estarán aquí.

SUPERIORA.—Es mucho madrugar para un convite.

DOCTOR.—Ya he dicho á usted que esa borrega de oro es un conglomerado de insubstancialidad y egoísmo. Ahora le da por engalanarse de religiosidad. Farsa, moda. Y hoy viene á oir en nuestra capilla la misa de las diez y media.

SUPERIORA.—Ya.

SOR BONIFACIA.—(Entra por la izquierda con una carga de flores y ramaje.) ¿Será bastante? (Lo pone en la mesa.)

DOCTOR.—A mí me parece demasiado, Hermanita. No setrata de adornar altares.

SUPERIORA.—Nada de aglomeración de ramilletes, ni ponerlos en alto, estorbando que los comensales se vean unos á otros.

DOCTOR.—Pues me desdigo. Ponga usted un gran ramo de altar entre mis ojos y el bulto imponente de doña Marcolfa. (Ríen las Hermanas.)

SOR BONIFACIA.—Déjenme á mí. (Clasificando las flores por clases y tamaños.) Yo sé dar al altar lo que es del altar y á la mesa lo que es de la mesa.

SUPERIORA.—(Al Doctor.) No se escapa usted, porque la tendrá á su derecha.

DOCTOR.—Dios sea conmigo.

SUPERIORA.—(A Sor Vicenta.) Ya puede llevar esto al comedor. (Sor Vicenta, llevándose la cristalería y bandejas de plata, se va por la derecha, segundo término.)

DOCTOR.—Oiga, Madre Luisa. Ya se va clareando el misterio de la fundación que proyectan esos pobres ricachos. Las medias palabras de Hortensia y el silencio de Abelardo dejan traslucir que su idea es entregar el mi-

llón de pesetas á un Instituto similar ya creado y en funciones.

SUPERIORA.—El nuestro no será. El Marqués no admite donativos, que siempre traen imposiciones y exigencias.

DOCTOR.—Estos dineros locos van por otros caminos, á lo que he podido entender.

SOR VICENTA.—(Que vuelve del comedor.) Ya llega el automóvil de esos señores.

SUPERIORA.—Pues no hemos sentido... (El Doctor se asoma al ventanal.) Y seguramente, Doctor, algo harán por Pedro Minio.

DOCTOR.—¿Cómo no? Eso es elemental. Hoy hablé de ello con Abelardo. Paréceme que nuestro viejo Tenorio, caballeresco y popular, está de enhorabuena. (Aparece Hortensia en el centro del ventanal.)

ESCENA II

LOS MISMOS.—HORTENSIA; después FANNY y TERRANOVA.

HORT.—(Abanicándose.) Aquí me tienen, Superiora y Hermanas.

SUPERIORA.—¡Ah, señora!... ¿No pasa, no quiere descansar un ratito?

HORT.—No, gracias. Ya han tocado á misa.

DOCTOR.—No se entretenga. Aguardamos aquí, con sumo interés, la hora feliz de tener á usted en nuestra compañía.

HORT.—Yo también aguardo esa hora feliz. ¡Noticia! Hoy daré parte al señor Marqués y á ustedes de la boda de mi Fanny con Pepe Terranova, de ilustre familia.

SUPERIORA.—¡Oh, mil enhorabuenas!

DOCTOR.—¿Y será pronto?

HORT.—Espero que coincida con la inauguración del Asilo, de nuestro Asilo...

SUPERIORA.—Doble motivo de júbilo...

DOCTOR.—De júbilo privado... y nacional.

HORT.—Otra cosa. Tenía usted razón, amigo mío: viene á estas misas mucha gente elegante.

DOCTOR.—Ya lo he dicho á usted. Para misas de buen tono no hay como *La Indulgencia.*

HORT.—Al entrar, he visto algunas damas que descendían de sus automóviles en la puerta que la iglesia tiene á la calle.

DOCTOR.—A todo ese señorío eclipsa usted por su elegancia y su majestad.

HORT.—¡Ay, qué adulón y qué zalamero es este hombre! Otra cosa: á usted y á las bondadosas Hermanas quiero pedir un favor.

DOCTOR.—Un favor es poco; pida usted veinte.

HORT.—Nos hemos dejado atrás la impedimenta... Abelardo. Figúrense que en el momento de salir le da por cambiar de traje...

SUPERIORA.—Pero al almuerzo vendrá.

HORT.—Seguramente. El automóvil ha vuelto á casa.

DOCTOR.—Y usted desea que le recibamos aquí y le encaminemos á la Capilla...

HORT.—No, por Dios. A la Capilla, no. Dice que, cuando se arrodilla, le duelen las muelas y le zumban los oídos. Con estas ridículas aberraciones me sofoca, me amarga la vida.

SUPERIORA.—Disculpa tiene quien tanto padece.

FANNY.—(Aparece con Terranova en el ventanal.) Madre, Doctor, se les saluda.

SUPERIORA.—Felices días, señorita y caballero.

FANNY.—Mamá, han entrado en la iglesia los Duques de la Reconquista.

TERRANOVA.—Y los de Mulberg con sus preciosos niños.

HORT.—(Impaciente.) Voy... Quedamos en que cuidarán de mi pobre maniático.

DOCTOR.—Vaya tranquila y oiga la misa con devoción. (Saludan todos.)

SUPERIORA.—Hasta luego... A las doce.

ESCENA III

La Superiora, El Doctor, Las Hermanas.—El Marqués. Ha entrado por la derecha, segundo término, poco antes, y permanece en el fondo esperando á que se vaya Hortensia.

Doctor.—Ha hecho usted bien en no presentarse. Bastante hemos de aguantarla después.

Marqués.—Para mí no son desagradables ella y su marido, ni la pareja menor... No les hago caso. Me mantengo con ellos en un régimen de cortesía elemental y desinteresada, pues para nada les necesito, y sus riquezas pasan junto á mí como otros espectáculos de la vanidad que en nada me afectan. Convidé á esa señora porque me mostró deseos de ver y examinar despacio el vivir íntimo de *La Indulgencia,* con fines de comparación, de estudio...

Doctor.—Sí, sí: para estudios estamos. Ellos mismos contarán á usted cómo se han calentado la cabeza para dar aplicación caritativa á un millón de pesetas.

Marqués.—Dueños son de hacer lo que les dicte su pereza ó su frivolidad. Nosotros á lo nuestro.

Doctor.—¿Nos vamos al despacho? (Echando mano al bolsillo.) Aquí traigo los datos recientes.

Marqués.—Aún tenemos tiempo. ¿Cómo van esos preparativos, Madre Luisa? ¿Quedaremos bien?

Superiora.—¿Qué duda tiene?

Marqués.—¿Ha venido Ladislada?

Superiora.—En la cocina está dando órdenes, como un general en jefe en día de batalla. Ya le advertí que en cuanto sintiera bajar al señor Marqués, pasara á darle cuenta de lo que ha dispuesto.

Sor Vicenta.—(Llamando por la puerta de la derecha, primer término.) A Ladislada que venga. (Las dos Hermanas ponen las flores en recipientes de cristal.)

MARQUÉS.—No habrán olvidado que hoy es día extraordinario para toda la familia. Cuando yo banqueteo, es de rigor que mis queridos ancianos participen...

SUPERIORA.—En su comida tienen hoy un plato más, de los de la mesa del señor Marqués, y aquí, en el jardín, les serviremos café, dulces y copas de *champagne*.

MARQUÉS.—Bien, muy bien. (Entra Ladislada por la derecha, primer término, con amplio delantal blanco, muy limpio.)

ESCENA IV

Los mismos.—LADISLADA.

LADISLADA.—Aquí me tiene, señor.

MARQUÉS.—Vamos á ver, ¿qué almuerzo tenemos?

LADISLADA.—Verá, señor. Después de los huevos, que serán *pochados*, pongo el *Lenguado á la normanda*...

DOCTOR.—Adelante.

LADISLADA.—Luego doy los *Riñones á la odalisca*.

SOR VICENTA.—¡Ay, qué nombre!...

LADISLADA.—Con el nombre de *odalisca* me enseñó este guiso el cocinero de la Embajada de Francia.

MARQUÉS.—Y con eso y un buen asado y postres, redondeamos el almuerzo.

SURERIORA.—Ya lo creo: es bastante.

DOCTOR.—Pido la palabra... para manifestar que cualquiera de nosotros se daría por muy satisfecho y por muy harto con el programa ó *menú* que hemos oído... Pero, Hortensia... yo lo aseguro, porque he comido tres veces en su casa y la he visto engullir; Hortensia, digo, con eso no tiene ni para empezar.

MARQUÉS.—Por Dios, Mariano...

SUPERIORA.—¡Jesús del alma! ¿Tan tragona es?...

DOCTOR.—Hagan caso de un testigo ocular, y digan á Ladislada que se corra un poco más.

MARQUÉS.—(A Ladislada.) Conforme... Ya sabe usted.

LADISLADA.—Dispénsenme los señores si les digo que yo, por

mi propio motivo de mí misma, pensé y dije... un suponer: «Tal y como tiene esa señora las anchuras, debe de tener las tragaderas...»

MARQUÉS.—Muy bien.

LADISLADA.—Y á la buena de Dios, dispuse que entre los riñones y el asado diéramos los platos siguientes: *perdices á la palaciega, mollejas de gallina á la Colberte, manos de cerdo á la huertana, coles de Bruselas, langostinos, patatitas salteadas* y otras frioleras...

DOCTOR.—¡Qué barbaridad!

SUPERIORA.—Eso ya es gula, mujer.

MARQUÉS.—Trátase de un caso excepcional, en que debemos pecar por carta de más antes que por carta de menos.

DOCTOR.—¡Buena se va á poner la Marcolfa!

LADISLADA.—(Aparte, retirándose.) No reventará la condenada.

SUPERIORA.—Aguarda un momento. Por ahora, supongo que no harás falta en la cocina.

LADISLADA.—En un buen rato no haré falta.

SUPERIORA.—Pues mejor ocasión... El señor Marqués tiene algo que decirte... y algo quizás que reprenderte.

LADISLADA.—(Asustada.) ¿Por qué, señora Madre? ¿En qué ha podido faltar esta pobre?

MARQUÉS.—No se asuste... Sé que usted y el fantástico viejo Pedro Minio se entretienen en conversaciones demasiado largas y un poquito mundanas.

LADISLADA.—(Turbada.) Señor...

MARQUÉS.—(Tranquilizándola.) Me figuro que es broma, pasatiempo.

LADISLADA.—Por la Virgen Santísima, no vean en mí una desalmada.

MARQUÉS.—No es eso. Ya suponemos que no habrá malicia... Pero como ese viejo simpaticón y alegre saldrá quizás muy pronto de nuestra casa, quiero saber qué intención pone en sus coloquios con usted.

DOCTOR.—Podría suceder que fuera de aquí se permitiera el galán habladurías y jactancias indecorosas.

MARQUÉS.—Justamente. La verdad, Ladislada; hábleme usted como hablaría con un amigo, con un hermano.

SUPERIORA.—Ella es buena, sincera, y nada ocultará.

SOR BONIFACIA.—Ladislada, dí al señor Patrono lo que me has dicho á mí.

LADISLADA.—(Cortada al principio, recobra su aplomo á medida que se explica.) Pues... Señor Padre, señora Madre... con toda la verdad del mundo, como si lo que digo lo dijera delante de Dios Trino y Uno... declaro que... nada... que entre los viejos que aquí tenemos distingo á don Pedro, porque es el más adecentado, el más caballeroso, el que se explica con más finura y con más salero... Y aunque él es un vejete, todavía presume, por aquello de *Locura tarde cura.* La verdad de Dios por delante. Una servidora es mujer, y el natural de la mujer, aunque vaya para momia, es que agradezca y que se pague de las atenciones. (El Doctor y las Hermanas asienten expresivamente.) Dios, que ve mi conciencia, sabe que no hay en esto más que un poco de melindre. Si esto es malo, repréndanme, castíguenme.

SUPERIORA.—Castigarte, no... No es para tanto. (Ladislada mira al Marqués, como esperando un fallo.)

MARQUÉS.—(Bondadoso.) No me mire á mí. La Superiora es la que ha de sentenciar.

SUPERIORA.—Oigamos antes á la abogada defensora... Yo sé que lo es la Hermana Bonifacia.

SOR BONIFACIA.—Yo, como siempre, pido absolución.

SUPERIORA.—(Al Marqués.) Decida el que es aquí la autoridad suprema.

MARQUÉS.—(Benévolo, sonriente.) Absolveremos. Es lo más fácil. ¿No le parece á usted, Mariano?

DOCTOR.—Creo lo mismo. El que no tenga pecado de ilusión, tire la primera piedra.

SUPERIORA.—Pronto te han absuelto, mujer. No puedes quejarte. (Ladislada besa la mano de la Superiora para retirarse.)

MARQUÉS.—Pero hay más, Ladislada.

LADISLADA.—(Con nuevo susto, deteniéndose.) ¿Más?

MARQUÉS.—(Su indulgencia tiende al humorismo.) Queda por examinar una ilusión más grave. Sé que gasta usted un perfumillo mundano, y que el viejo galante se acercaba á usted para recrear su olfato, quedándose como en éxtasis. (Las Hermanas y el Doctor sonríen; Ladislada queda estupefacta.)

SUPERIORA.—A ver qué dices á eso.

LADISLADA.—Pues... Dios conmigo y la verdad por delante. Pecadora soy: me confieso, me acuso de llevar conmigo un perfume rico. (Saca del seno el saquito.) Ello no debe ser cosa buena, porque mis sobrinas, que me lo trajeron, son... lo diré todo... son... algo cascabeleras.

DOCTOR.—(Festivo.) Examínese el cuerpo del delito.

LADISLADA.—Hice mal, lo reconozco, en tomar de manos de ellas tal regalo... pero... no puedo negarlo... me gustaba el olorcico. Pecado es, díganlo. Pues ahí va el pecado para que lo echen al fuego, y mí á un calabozo. (Da el saquito á la Superiora.)

SUPERIORA.—(Oliendo.) Es buen olor. (Pasa el saquito de mano en mano.)

SOR VICENTA.—Es rico... elegante.

SOR BONIFACIA.—No es perfume de gente fina.

DOCTOR.—(Con repugnancia.) ¡Uy, si es el perfume que usa Hortensia... el mismo!

LADISLADA.—(Vivamente.) Pues dénselo á ella, que á la cuenta ya está condenada.

SUPERIORA.—(Al Marqués.) Decida el Patrono.

MARQUÉS.—(Conteniendo la risa.) ¿Que sentencie? Allá voy. Considerando... que estoy constipado y no tengo olfato... absuelvo.

SUPERIORA.—Pues yo también. Toma. (Alargando el saquito á Ladislada.)

MARQUÉS.—Tome, Ladislada, su pecado, y cuando vengan sus sobrinas devuélvaselo. (Ladislada recobra el saquito.)

SUPERIORA.—Y no te entretengas más aquí. Vuelve á la cocina.

LADISLADA.—(Gozosa.) Todo irá bien. Señor Marqués de los Perdones, si buen sofoco me ha dado, buen almuerzo le serviré. ¡Cocinera, á tu cocina! (Vase muy gozosa por la derecha, primer término.)

ESCENA V

La Superiora, Sor Bonifacia y Sor Vicenta; El Marqués, El Doctor.

Marqués.—Por su inocencia y su bondad merece que se le aplique todo el rigor de *La Indulgencia.* (Se levanta.) Y ahora, Mariano...

Doctor.—Vamos.

Sor Vicenta.—(Mira por el ventanal.) Por ahí va solito, contemplando las flores, el marido de doña Hortensia.

Sor Bonifacia.—¿Le traemos aquí?

Doctor.—Vale más que le dejen divagando en el jardín.

Superiora.—Os haría perder tiempo.

Marqués.—(Al Doctor.) Ea, no nos entretengamos.

Superiora.—(Vanse el Marqués y el Doctor por la derecha, segundo término.) Hermanas, dense prisa. Ya es hora de decorar la mesa... Yo, á la cueva. (Vase por la izquierda, primer término.)

ESCENA VI

Sor Bonifacia, Sor Vicenta, Abelardo.

Sor Bonifacia.—(Aderezando los ramitos, mira desde el interior de la estancia.) Ya no veo al pobre enfermo.

Sor Vicenta.—Se habrá ido á la capilla.

Abelardo.—(Entreabriendo la puerta del ventanal.) Dispénsenme, Hermanas. Me cuelo sin prevenirlas. Esto es un abuso, una frescura.

Sor Bonifacia.—Está usted dispensado.

Sor Vicenta.—(Se adelanta y le coge del brazo para llevarle á un sillón.) Pase y tome asiento.

Sor Bonifacia.—¿Quiere que le llevemos á la capilla?

Abelardo.—¡Oh, no! la capilla muy fea; esto muy bonito.

Aquí están las imágenes bellas, aquí los ángeles, aquí la verdadera santidad. (Se sienta.)

SOR VICENTA.—(Con ademán de cerrar la vidriera.) ¿Le incomoda el aire?

ABELARDO.—No cierre usted. Ni el aire ni la luz me incomodan. Por patios y jardines he divagado un rato con la idea de encontrar á los viejos y de reconocer entre ellos á mi pariente ilustre, el gran Pedro Minio.

SOR VICENTA.—Luego se le traeremos. (Sigue recogiendo y apilando cubiertos de plata.)

ABELARDO.—Hoy no me voy de aquí sin verle. Estará muy viejo.

SOR BONIFACIA.—Su genio festivo disimula su edad. Es bueno, dócil, bien criado; pero atrozmente fantástico.

ABELARDO.—Imaginativo. Vivirá en este mundo y en otros diferentes mundos que inventa para su recreo.

SOR BONIFACIA.—Y cuenta unas historias de galanteos, que dejan tamañito á don Juan Tenorio...

SOR VICENTA.—Al as pobres viejas les emboba con mentiras graciosas.

ABELARDO.—¡Oh! hay que mentir algo... He observado que los imaginativos alcanzan una vejez larga, saludable y feliz... Me ha dicho el Doctor que mi tío vino á la miseria por su prodigalidad sin freno y por sus locuras amorosas...

SOR VICENTA.—Pues todavía el hombre...

SOR BONIFACIA.—¡Vaya! Toma actitudes interesantes y hace el galán de comedia.

ABELARDO.—¡Demonio de viejo! Es graciosísimo. Esto me divierte, me conforta, me da la vida. (La risa y el hablar demasiado le sofocan.) Dispensen, Hermanas: cuando hablo con alguna viveza, me falta la respiración...

SOR VICENTA.—Descanse un poquito. Tome aliento.

SOR BONIFACIA.—Lo que á usted le conviene es hacer vida de campo.

ABELARDO.—¡Ay! no: me aburriría. El campo es un terreno triste por donde se va á las ciudades.

SOR BONIFACIA.—Pues si el campo no le conforta, busque el alivio de sus males en la vida de familia.

ABELARDO.—¡Oh... la familia! Esa es la última trinchera. ¡La

familia! Mi mujer ha venido á ser una bola de plomo que pesa sobre mi corazón... baja luego á mi estómago...

SOR VICENTA.—(Escandalizada.) ¡Virgen Santísima!

ABELARDO.—Creo que me pondría bueno si consiguiera vomitarla. (Escándalo y risa de las Hermanas.)

SOR VICENTA.—¡Infeliz señor! De veras le compadecemos.

SOR BONIFACIA.—No tiene usted fe en la Naturaleza ni en la familia. Enorme desdicha és no creer, que es lo mismo que no amar.

ABELARDO.—(Con alegría y misterio.) Pues ahora siento en mí algo...

LAS DOS.—¿Qué?

ABELARDO.—No es creer todavía, no es tampoco amar. Es como un vago deseo de fe, y una esperanza de... Nada, que siento vivas ganas de creer en ese perdulario gracioso de mi tío .. deseos de admirar sus extravagancias, de recrearme con sus invenciones... Me seduce su generosidad sin freno, su salud que parece milagrosa, el culto que consagra al amor aun en sus años maduros... (Queda meditabundo.)

SOR VICENTA.—(Recogiendo la vajilla en una gran bandeja, se dispone á llevarla a jardín.) Don Pedro es como un niño, y los niños alegran y distraen.

SOR BONIFACIA.—Hermana, en cuanto deje usted eso en el jardín, tráigase á Pedro Minio. (Sor Vicenta se retira por la puerta del ventanal llevándose la bandeja.)

ABELARDO.—Que venga, sí. No sólo admiro á mi tío y empiezo á creer en él, sino que además le envidio por vivir dichoso, rodeado de amigos y de personas solícitas. Mi tío, pobre y arruinado, ha venido á tener familia. ¡Qué suerte la suya! Aquí le asisten y le aman; aquí, entre otros bienes inapreciables, tiene los inocentes goces que le sugiere su imaginación, en medio de esta paz placentera.

SOR BONIFACIA.—Señor, no se impaciente, no desconfíe de encontrar la paz que anhela. (Entra por la izquierda Pedro Minio.)

SOR BONIFACIA.—Aquí tiene usted á su tío. Pase, don Pedro. (Retírase la Hermana.)

ESCENA VII

ABELARDO, PEDRO MINIO.

ABELARDO.—(Queda suspenso mirando á su tío. Este avanza risueño, despacio.) El hermano de mi madre...

DON PEDRO.—Ese soy... ¡Abelardo, hijo mío! (Le abraza. Abelardo, afectadísimo, no acierta á ponerse en pie.)

ABELARDO.—Tío... (Balbuciente.) Creí encontrarle más caduco, más agobiado.

DON PEDRO.—¡Caduco yo! Por fuera un poco de nieve en la cabeza... Por dentro todo ardor, hijo, todo fuego. Así son, según dicen, los volcanes de América.

ABELARDO.—Así son.

DON PEDRO.—¿Y tú? Enfermo, delicadillo...

ABELARDO.—Soy volcán apagado... casi muerto. (Don Pedro le mira fijamente.) ¿Se espanta usted de mi rostro demacrado, de mi vejez prematura?

DON PEDRO.—No, hijo; no era eso. Es que veo en tí el retrato de tu madre, mi pobre hermana Jesusa.

ABELARDO.—(Afectado por el recuerdo.) ¡Mi madre! Aunque viuda y sin fortuna propia, tenía para vivir y para darme una carrera, por lo menos un oficio... porque usted cuidaba de que nada le faltase... Pero yo era rebelde, avieso. Me consumía la ambición de ser rico. Tanto me trastornó aquella comezón, que un día me escapé de la casita del Tomelloso, abandonando á mi buena madre, y en Cádiz me embarqué... Iba sin remordimiento, alocado, ardiendo en la fiebre de riquezas... Fué una mala acción. (Suspirando.) Sin duda, mi madre murió del disgusto que le dí con mi fuga.

DON PEDRO.—(Dándole cariñosas palmadas.) Vamos, hijo, que no estás ahora para revolver amargores pasados. Abelardo, para tener salud, lo primero es dejar ir las cosas por donde Dios quiere llevarlas. Toma mi ejemplo.

ABELARDO.—Pues deme la receta de la eterna juventud.

DON PEDRO.—Es muy sencilla: vivir descuidado, sin contar el dinero ni los años... conformarse con el Destino. ¿Que viene pan duro? Pues dientes en él. ¿Que vienen tortas de manteca? Pues á ellas. Aligerar el peso de la vida con el trato del bello sexo, sin distinguir morenas de rubias, ni señoras de criadas; poner á todas cara tierna, y si á mano viene rendir á la que se descuide, ó á la que se enamore locamente de por sí, que de esto he visto mil casos.

ABELARDO.—Brava filosofía para quien pueda practicarla.

DON PEDRO.—(Bruscamente, movido de comezón ó estímulo gimnástico.) Perdóname: no me levanto por apartarme de tí. Mucho me gusta estar á tu lado; pero necesito andar, moverme. He pasado toda la mañana en el café y en el periódico. (Se pasea; hace flexiones de brazos con movimientos de acróbata.)

ABELARDO.—(Gozoso.) Me encanta su agilidad, tío. ¡Cuánto envidio su fortaleza!

DON PEDRO.—(Sin interrumpir su ejercicio.) Es que te has acostumbrado al encogimiento. Desperézate, sacúdete; echa brazos y piernas por alto. Llena de aire tus pulmones; habla, ríe, canta.

ABELARDO.—Probemos. (Levántase con menos dificultad que de ordinario, movido de su excitación nerviosa. Lánzase á andar, apoyado en su bastón.) Pues sí puedo. Todo es querer.

DON PEDRO.—Claro. ¡Si la mitad de tus males es pereza! ¡Anda, valiente!

ABELARDO.—Pues no me canso mucho... (Ríe.) Me asombro de verme tan ágil. Mire, mire, tío. Ando solo, sin apoyarme. (Vacila un poco; se tambalea.) Poco á poco... tengamos juicio.

DON PEDRO.—(Le da el brazo.) Agárrate... valiente.

ABELARDO.—Más despacio, tío. Me falta la respiración.

DON PEDRO.—(Moderando el paso.) Hasta que te vayas acostumbrando... Aquí donde me ves, yo me siento con cuerda para muchos años.

ABELARDO.—Por de contado, aunque en este asilo está usted muy bien, deseará salir...

DON PEDRO.—Te diré. Aquí tenemos vida cómoda, casi regalada. Pero yo soy hombre de altas miras... Me duele,

créelo, me duele que mis facultades de inteligencia estén ociosas... y naturalmente, mirando al bien de la Humanidad antes que al mío, no tengo inconveniente en ser Director.

ABELARDO.—(Aprobando sin comprender.) Director, sí; dirigir...

DON PEDRO.—Bien sabes que no soy egoísta; que mi deseo, mi deber, es coadyuvar á tus planes grandiosos.

ABELARDO.—Bien, tío: volverá usted á la vida activa...

DON PEDRO.—Más que activa, será, lo que se dice, vertiginosa. Será preciso andar de cabeza, recorrer la Europa entera en busca de todo adelanto, de toda innovación, de todo progreso.

ABELARDO.—(Compadecido.) ¡Pobre tío! ¿Pero no se cansará demasiado?

DON PEDRO.—¿Cansarme yo? No tienes ni remota idea de mi vigor físico y moral.

ABELARDO.—Sin duda ha estudiado usted bien la materia.

DON PEDRO.—¿La materia? Y tanto como la materia, el espíritu... Ya lo habrás notado en mis escritos. (Detiénese Abelardo con muestras de confusión.) ¿Pero no has leído mis artículos...? Mis artículos *Caridad integral*, *La vejez ilusión de vida*.

ABELARDO.—¡Ah, sí! (Dándose un golpe en la frente.) Sí, tío, sí. ¡Pero qué tonto yo! Los leí. ¡Admirables trabajos! ¡Qué elevación, qué profundidad!

DON PEDRO.—Pues yo te aseguro que tendrás en mí el auxiliar más entusiasta de tu grandiosa idea.

ABELARDO.—Lo creo. (Abstraído.) Las ideas grandiosas, ¿dónde están?

DON PEDRO.—En lo que llamaremos la ciudad encantada.

ABELARDO.—Aquí...

DON PEDRO.—No, allá. Lo que tú imaginas, yo lo ejecutaré. Tú eres la idea, yo la forma...

ABELARDO.—(Fascinado por el lenguaje de don Pedro.) Sí, sí: maestros seremos de la ilusión que imita la vida.

DON PEDRO.—Y á donde no alcance tu voluntad, alcanzará la mía. Sé dirigir, sé organizar, sé dar carpetazo á los años, y animar la vejez.

ABELARDO.—Mucho saber es ese, tío. ¿Cómo puede hacer tanto en tan corto tiempo?

DON PEDRO.—¡Ah! yo me multiplico. El tiempo es mi esclavo. Yo discurro, yo escribo, yo invento historias y hago la historia real; yo amenizo la vida mía y la de los que me rodean; yo reparto la felicidad; yo convierto el cobre en oro, las penas en goces, y en medio de esta acción febril, mi descanso es hacer alguna conquistilla... ¿sabes? con fines de dulce amistad... El ideal, chico, el ideal. No puedo olvidar que soy profesor de juventud.

ABELARDO.—¡Ay, tío de mi alma! (Con reir franco y placentero.) Me río. Hace cuatro años, digo, seis, que no he gozado el bien de la risa tonificante. Abráceme. (Don Pedro abraza con fuertes apretones.) Más, más. No sé qué tiene usted. Sus gracias y sus disparates, si lo son, que aún no lo sé, me subyugan... me confortan.

DON PEDRO.—Como que oyéndome te has remozado. Pareces otro.

ABELARDO.—Y lo soy. ¿Es ilusión, ó me siento en realidad aliviado de mis dolencias?

DON PEDRO.—Respiras mejor.

ABELARDO.—Sí. (Tentándose el cuerpo.) Y dolores que me atormentaban, se esconden, se disipan, huyen.

DON PEDRO.—(Con entusiasmo.) Hijo mío, mi contacto dulcifica tus males.

ABELARDO.—Sí, sí: yo también soy Minio.

DON PEDRO.—Tu apellido materno, el mío, es un emblema, un color, el rojo de la sangre.

ABELARDO.—El glóbulo rojo... Eso necesito. (Ríe con mayor efusión.) La risa me sofoca. (Requiere la silla.)

DON PEDRO.—Ríete, alégrate... descansa. (Abelardo se sienta.)

ESCENA VIII

Los mismos.—Ladislada, que entra por la derecha.

Ladislada.—¡Ah, don Pedro!... Venía en busca de la Madre.

Don Pedro.—Pase... ¡Oh, Ladisla...a!

Abelardo.—¡Ah! ¿Es esa Ladislada, la novia de usted?

Don Pedro.—(Dándose tono.) Sí. Lo sabes por Sor Bonifacia; por el Doctor, quizás. (Acércase á ella y le acaricia la barbilla.) ¿Verdad que es bonita?

Ladislada.—(Avergonzada rechaza la mano de Minio.) ¡Ay, quite allá! ¡Qué descaro!... Señor, no haga caso. Este don Pedro desagera la mar. Es medio loco, y como aquél que dice, poeta.

Abelardo.—Y de los buenos.

Don Pedro.—Yo digo que Ladisla...a es la poetisa del buen comer.

Ladislada.—¡Qué pesadito se pone! Déjeme saludar á su sobrino para que no diga. ¿Cómo está, señor?

Abelardo —Yo... aliviadito... Paréceme que voy mejorando.

Ladislada.—Pediremos á Dios que le dé completa salud.

Abelardo.—Y que me dé la paz... junto á seres queridos...

Ladislada.—Eso deseamos todos... paz y alegría junto á personas que nos agradan. (Con súbita idea y efusión.) Señor, si no se enfada, yo le pediré que no nos quite á don Pedro, que es aquí como aquél que dice popular; es la alegría, el tono fino y el alma de este cotarro de la vejez.

Abelardo.—(Aparte meditabundo.) ¡La vejez dichosa!... Escarnio es esto de la juventud miserable. (Queda hondamente abstraído.)

Don Pedro.—(Aparte á Ladislada.) Hicimos pacto de ideal amistad, de vida común en las adversidades y en las venturas. Y pues la suerte ha favorecido á Pedro Minio, Ladislada debe seguirle.

Ladislada.—Quite, quite. Ni yo me voy de esta casa, ni usted tampoco. Ya me arreglaré para retenerle aquí. (La Her-

mana Vicenta entra por la derecha con una bandeja llena de copas, y pasa al jardín por la puerta del ventanal.)

ABELARDO.—(Recobrándose de su abstracción.) ¿Qué es eso?

LADISLADA.—El señor Marqués quiere que los viejos participemos de su banquete. Nos servirán un plato extraordinario, y en el jardín seremos obsequiados con café, dulces y *champagne*.

ABELARDO.—(Se levanta, va hacia el ventanal para mirar hacia afuera.) ¡Bendita casa, en que mora la suprema piedad!

LADISLADA.—¿Pues qué creía usted?

DON PEDRO.—Fíjate en estos ejemplos de misericordia para imitarlos, y si es posible superarlos.

LADISLADÁ.—(Viendo venir á Hortensia por la izquierda.) Silencio, que viene Marcolfa. (Al oir esto, Abelardo cae desplomado en un sillón.)

ESCENA IX

Los mismos.—HORTENSIA, FANNY, TERRANOVA, que entran por la izquierda; SOR BONIFACIA, que viene del comedor. Asustados, Pedro Minio y Ladislada se retiran á la derecha.

HORT.—(Destemplada, impertinente.) Aquí estoy. ¿Y tú qué tal? Un siglo te estuve esperando. A poco más perdemos la misa. (Abelardo permanece taciturno.)

SOR BONIFACIA.—El señor Marqués y el Doctor están en el despacho terminando un trabajo. Bajarán en seguida.

HORT.—Les aguardaremos aquí. (Á su marido.) No me has contestado á lo que te pregunté. ¿Cómo te encuentras?

ABELARDO.—(Mirando al suelo.) Mal... Tengo frío.

HORT.—¡Si hace calor!

ABELARDO.—Al abrirse la puerta para entrar tú, entró contigo una ola de frío.

HORT.—(Tocándole el rostro.) ¡Bah!... Imposible que sientas frío.

FANNY.—Es miedo... sensación refleja.

TERRANOVA.—Autosugestión.

ABELARDO.—Ahora tengo calor.

HORT.—(Tocándole otra vez.) Tampoco es verdad. Estás de buen temple.

FANNY.—Mamá, él sabrá lo que siente,

HORT.—No, hija, no lo sabe. Hasta para sentir dolores, necesita que yo se los apunte... ¿Has tomado la taza de caldo?

ABELARDO.—(Tímidamente.) ¡Ay! se me pasó.

HORT.—¿Lo ves? No puedo dejarte solo.

SOR BONIFACIA.—Si nos hubiera pedido el caldo, al instante...

ABELARDO.—Ya es tarde.

HORT.—Tarde es ya para el caldo. Ya veo que con tu memoria no hay que contar. ¿A que no has hecho lo que te mandé al salir de casa?

ABELARDO.—(Como alelado.) Ya no me acuerdo.

HORT.—Que aprovecharas el pasar aquí la mañana para ver á tu tío, á ese tío casquivano y mujeriego que...

ABELARDO.—Si le tienes aquí. No me acordé de presentártelo. (Don Pedro avanza en actitud ceremoniosa: hace una reverencia.)

HORT.—¿Es este viejecito?... ya.

DON PEDRO.—(Inguiéndose.) Con perdón, mi vejez es como quien dice relativa, ó hasta cierto punto.

HORT.—Vamos, que usted se ha plantado... Hace bien. (Fijándose en Ladislada.) ¿Y aquella señora anciana?

FANNY.—Es Ladislada, la gran cocinera.

HORT.—Buena mujer, ¿está usted á gusto en la *Indulgencia?*

LADISLADA.—Si, señora: esto es la gloria.

FANNY.—Como que viven en plena ilusión.

LADISLADA.—Según como se mire, señorita. Aquí está la verdad; fuera de aquí la mentira.

HORT.—¿Cómo es eso?

LADISLADA.—Dígolo porque aquí los viejos parecemos lo que somos, y en el mundo no son lo que parecen.

TERRANOVA.—¡Pero si aquí, según dicen, se pasan ustedes la vida en simulacros divertidos, parodiando la alegría, la riqueza, la juventud!

DON PEDRO.—(Queriendo intervenir.) Déjenme que explique...

LADISLADA.—(Con mirada y gesto le impone silencio.) Cállese el viejo zangolotino. (Alto.) En la *Indulgencia* comediamos, pero no engañamos.

FANNY.—¿Y esa ráfaga de Carnaval con que se divierten un día sí y otro no?

LADISLADA.—Carnaval hay por acá; pero no nos ponemos careta, quiere decir, rostros postizos.

HORT.—¡Vaya que es desenvuelta y redicha la cocinera!

DON PEDRO.—(Asustado, aparte á su amiga.) Ladislada de mis entretelas, mire que esta Marcolfa es muy mala, y si nos peleamos con ella, ni á usted ni á mí nos llevará...

LADISLADA.—(Vivamente.) ¡Ni falta!

HORT.—(A su marido.) ¿Qué dices á esto, Abelardo?

ABELARDO.—(Completamente abrumado y sin voluntad.) No me entero de nada. Me he quedado sordo.

ESCENA X

LOS mismos.—EL MARQUÉS, EL DOCTOR, LA SUPERIORA, que entran por la derecha, segundo término.

MARQUÉS.—Señora mía, dispénseme.

HORT.—Marqués, usted siempre trabajando. No sé si admirarle ó compadecerle.

FANNY.—Las dos cosas.

HORT.—Un hombre independiente, riquísimo...

MARQUÉS.—¿Pero cree usted que un régimen como el de esta casa, y sus complejos organismos, no dan mil quehaceres y cavilaciones?

HORT.—Sí, sí, lo comprendo. Y yo sería muy dichosa si pudiera imitarle. ¿Verdad, Abelardo, que le imitaríamos si pudiéramos? (Abelardo, medio alelado, mira á su mujer y vuelve el rostro.) ¿Verdad que tus dolencias nos embargan la atención, y no podemos pensar en otra cosa?

ABELARDO.—(Seca y lúgubremente, sentado junto á la mesa central.) Mi trabajo es padecer.

FANNY.—(Con Terranova, detrás de la mesa.) Ninguna ilusión le arrastra, ningún estímulo le saca de su inercia.

HORT.—Vean ustedes por qué desmayamos en nuestro propósito.

MARQUÉS.—Pero me ha dicho Mariano que no desisten...

HORT.—Desistir, nunca.

FANNY.—Continuamos observando, aprendiendo.

HORT.—Hoy precisamente, después de misa, hemos recorrido algunas salas, y los recreos de la huerta. Por cierto que... Dispénseme si le digo mi opinión con toda claridad. Soy muy franca.

LADISLADA.—(Aparte.) Dí que eres más fresca que la Cibeles.

MARQUÉS.—Diga usted cuanto piense.

HORT.—No acaban de gustarme las licencias que aquí disfrutan los asilados, ni la imitación de los regocijos y locuras del mundo.

MARQUÉS.—Los huéspedes de la *Indulgencia* no son criminales; son pobres viejos inútiles y desamparados. En esta idea se inspiró la santa fundadora. ¿Que este sistema no es el único; que hay otros? Ya lo sé. Los respetamos sin entablar disputa sobre las excelencias del nuestro.

LADISLADA.—(Aparte.) Toma, y vuelve por otra.

HORT.—Perfectamente, Marqués. Usted proclama la libertad de opiniones; yo la libertad de planes. Los nuestros no son propiamente un sistema. Circunstancias aflictivas nos han determinado á simplificar nuestro proyecto. ¡Ay! Después de mucho meditar, hemos acordado... lo primero evitarnos molestias, desazones y quebraderos de cabeza.

DOCTOR.—Muy bien. Es lo más humano.

HORT.—Lo segundo, no construir edificio. ¿Qué falta nos hace construir, si en España sobran locales para éste y otros objetos píos? Tampoco necesitamos personal, porque nos lo darán ya constituído.

DON PEDRO.—(Aparte, escamado.) Oído á la caja, que esto es grave.

HORT.—El millón de pesetas que destinamos á esta magna obra en servicio de Dios, lo entregaremos á los Reverendos Padres Capuchinos de la Paciencia (Súbita mueca y ceño fosco de don Pedro), los cuales se encargan de organizar y de instalar la institución en su propia casa, de adquirir el preciso material, de recoger los primeros asilados; todo ello bajo la inspección y consejo de un patrono, que podremos llamar *Director* (El rostro de don Pedro se ilumina), ó llamémosle *Comisario General*.

DON PEDRO.—(Con llaneza y alegría.) Es lo mismo.

HORT.—Y la persona más indicada para ese alto cargo... ya lo adivinarán... (Expectación.) Es Abelardo, mi amado esposo.

DON PEDRO.—(Aparte arrugando el ceño.) Abelardo. No está mal... Pero...

HORT.—Pero como su delicada salud no le permite atender asiduamente á las obligaciones del patronato, dirección, ó como se llame... (A su esposo.) Sigue, Abelardo, que á tí te corresponde este nombramiento, para darle más autoridad.

ABELARDO.—(Alelado.) ¿A mí?

HORT.—Habla, hombre... (Despótica.) ¿No te acuerdas? Es lo convenido.

ABELARDO.—(Con gran esfuerzo, vacilando.) Pero como mi delicada salud *etcétera*... me impide *etcétera*... vengo en disponer que me asista un secretario activo, inteligente...

DON PEDRO.—(Aparte alegre, esperanzado.) Activo, experto... que posea la teoría y la práctica...

ABELARDO.—Designo para ese cargo á la persona de mi familia más inepta... digo... ¡qué tonto! más apta...

HORT.—¡Hijo, cómo estás hoy!... Seguiré yo... Se ha empeñado en nombrarme Secretaria... Pero... (Con fingida cortedad.)

DON PEDRO.—(Turbadísimo, haciendo pabellón en su oreja.) No se oye... ¿Qué ha dicho?

HORT.—Como la modestia es mi norte, y no me gusta figurar, delego mis funciones en mi querida hija y en el ilustre caballero Terranova, que pronto será su esposo... Ambos han estudiado á fondo este asunto cristiano y social. (Don Pedro Minio queda suspenso, paralizado y sin voz.)

TERRANOVA.—(Con emoción y cierto énfasis oratorio.) Cúmpleme declarar, siquiera sea someramente, brevemente, mi gratitud á esta noble familia, no sólo por dar satisfacción y acogimiento á mis anhelos purísimos, vehementísimos, anhelos del corazón...

ABELARDO.—Amén.

TERRANOVA.—Sino por conferirme, en unión de Fanny, un elevado cargo, superior á mis méritos; un cargo, señores, que...

FANNY.—Te embarullas, Pepe. Déjame á mí. Aceptamos agradecidos la Secretaría, y nos estrenaremos declarando la sagrada obligación de amparar decorosamente al tío de nuestro fundador, al ingenioso viejo don Pedro Minio, que, como es natural, pasará de esta casa á la nuestra.

LADISLADA.—(Alto, vivamente.) No pasará, no pasará.

DON PEDRO.—(Trémulo de emoción.) Aguardemos á ver...

FANNY.—Tenemos en cuenta el parentesco...

HORT.—El parentesco... Sigue tú, Abelardo.

ABELARDO.—(Aturdido.) Me he quedado... mudo... No puedo hablar.

HORT.—El señor de Minio será tratado con todo miramiento. Ha de saber que los Capuchinos se encargan de cuidar á los ancianos, de aleccionarlos, de dirigirlos hacia el bien. Y sepa, además, que nuestra fundación es exclusivamente para la ancianidad masculina. No creemos decente la convivencia de los dos sexos, ni aun en esa edad caduca y fría.

DON PEDRO.—(Con acritud y enojo.) ¿Hombres no más? ¿Y allí voy á estar yo sin ver más que las caras tétricas de los Capuchinos, con sus barbas hasta aquí?

HORT.—Así ha de ser.

DON PEDRO.—¿Ni veré Hermanitas jóvenes y guapas como las de acá?

FANNY.—(Jovial.) No verá más que frailes bien barbados que sepan hacerse respetar.

DON PEDRO.—Dios sea conmigo.

HORT.—Vivirá usted en la santa casa; se le dará trato de preferencia; vestirá con humildad decente.

FANNY.—Comerá usted con los Padres... que se dan buena vida.

DON PEDRO.—¿Y qué falta me hace á mí comer con esos Padres ó Abuelos, ni qué saco yo de verlos delante mientras como? Perderé el apetito; me moriré de miedo, me moriré de hambre. (Todos ríen.)

MARQUÉS.—¡Pobre Minio! No se conforma... no.

DOCTOR.—¡Buena le ha caído!

HORT.—Las conversaciones ociosas y livianas se prohibirán rigurosamente. Hablará usted algún ratito con los reve-

rendos frailes, y sólo de los temas que éstos quieran plantear. (Risas y burlas.)

LADISLADA.—(Burlona y triunfante.) ¡Ay, qué divertidísimo va á estar mi don Perico en el Asilo grandioso con todos los adelantos!

DON PEDRO.—(Desesperado.) Sobrino mío, señora Marcolfa... digo, doña Hortensia, señorita Fanny, ¿es que quieren hacer de mí un presidiario, un esclavo, un cadáver?

HORT.—¿Para qué quiere usted libertad y habladurías, pobre viejo inútil, si lo que á usted le conviene es tranquilidad, paz...?

DON PEDRO.—¡Lo que usted me ofrece no es vida tranquila, sino rabiosa; no es paz, sino muerte!... Señor Marqués de los Perdones, señor Doctor y Hermanas queridas, vuélvanme á su gracia. Yo quiero alegría, comunicación con mis iguales, hablar, reir, comentar lo sucedido, referir lo verdadero y lo falso, convidar á un amigo, bromear con otro, jugar á juegos inocentes, perder y ganar; quiero la ilusión de la vida... ¿Pues qué, señoras y caballeros, el espíritu no es nada, el ideal no es nada, el amor, digamos la amistad, no son nada? Guárdense con mil demonios su fundación tétrica y barbuda. Yo no la quiero; no iré á esa prisión, no y no mil veces. Déjenme á la sombra de mis árboles de la *Indulgencia.*

LADISLADA.—(Palmoteando.) He ganado, he ganado.

DON PEDRO.—¡Desdichado de mí, que me dejé tentar de una ambición loca! «¡Director!» zumbó el diablo en mis oídos. Pedro Minio, Director... ¿de qué? ¡De esta engañifa marcolfiana y capuchinesca! Y más ciego que un topo, no hice caso de la que quiso desengañarme, de ésta mi compañera y amiga. ¡Oh, Ladisla...a! Tú eres la mujer sabia, el iris de paz, la rosa sin espinas; tú eres un ángel, una santa, la diosa Venus, digo... la diosa Razón... digo, no eres Diosa, sino la casta Susana y Dulcinea del Toboso...

HORT.—(Riendo.) ¡Jesús, qué hombre más desatinado! (Se levanta. El Marqués le ofrece el brazo.)

FANNY.—Es un socarrón con trastienda, ó un inocente gracioso.

HORT.—(Dirigiéndose con el Marqués al comedor.) Un rato nos han

divertido estos viejos... La fundación de usted es romántica; clásica la mía.

MARQUÉS.—¡Y tan clásica!

HORT.—¿Cuál, á juicio de usted, será mejor mirada en lo alto?

MARQUÉS.—La mía, señora. La de usted, permítame la franqueza, es deplorable, inhumana.

HORT.—Vamos á cuentas, Marqués. ¿No cree usted que la Humanidad es muy mala?

MARQUÉS.—No es buena... Pero usted quiere hacerla peor.

FANNY.—(Ofreciendo el brazo á Abelardo.) Vamos, papaíto...

ABELARDO.—¿A dónde?

FANNY.—Al comedor.

HORT.—(Deteniéndose.) ¿Vienes ó no, impedimenta horrible? (Aparecen los viejos en la puerta del ventanal.)

ABELARDO.—Yo me quedo aquí. Yo no sigo á mi mujer. (Se vuelve hacia el ventanal.) Ancianos de la *Indulgencia*, quiero estar con vosotros.

DOCTOR.—(Cogiéndole del brazo.) Abelardo, ¿ha perdido usted el juicio?

ABELARDO.—No lo pierdo, lo gano. Acójanme en la *Indulgencia*. Quiero morirme aquí.

DON PEDRO.—(Abrazándole.) ¡Hijo mío!

LADISLADA.—Vendrá, vendrá con nosotros. (Entran los viejos.)

ESCENA ÚLTIMA

Los mismos de la escena anterior.—POLIDURA, MILAGROS, ETELVINA, PASCASIA, DON TELÉMACO, BERDEJO. Hablan casi simultáneamente.

POLIDURA.—Que se quede.

MILAGROS.—Que nos le dejen. Criatura, venga acá.

ETELVINA.—Es nuestro premio gordo.

PASCASIA.—Nosotras le cuidaremos.

DON TELÉMACO.—Amigo, aquí está el descanso.

BERDEJO.—Aquí la gente honrada.

SUPERIORA.—Por Dios, no alboroten. Vuélvanse al jardín.

HORT.—(Estupefacta.) ¿Qué dices? ¿Qué haces?

ABELARDO.—(Agarrándose á don Pedro y Ladislada.) Tío, Ladislada, sostenedme, dadme la voluntad que necesito para mi emancipación.

HORT.—(Imperiosa, tratando de llevársele.) Ven aquí. Apártate de esos desgraciados.

ABELARDO.—No quiero. Estoy en mi casa. Recobro mi personalidad. A pedazos, no de otro modo, me arrancarás de la *Indulgencia.*

HORT,—(Desabrida.) Marqués, ¿usted consiente...?

MARQUÉS.—Si don Abelardo quiere pertenecer á esta familia humilde, no puedo negárselo. Los estatutos permiten la admisión de enfermos incurables, que son ancianos prematuros.

HORT.—Mi marido es rico. Comprendo que su admisión no ofrezca dificultades.

MARQUÉS.—La riqueza es ciertamente un estorbo. Si al nuevo asilado le pesa, puede dejarla fuera, que aquí no se necesita.

HORT.—(Irónica.) Se te traerá tu ropa para que puedas asistir decorosamente á este teatro en los días de moda... dinero para que juegues, y pagues el café á tus compañeros.

ABELARDO—Un notario es lo que has de traerme... Te cedo la mitad de mis bienes. Recíbela, Hortensia, en pago de mi libertad. De la otra mitad dispondré de acuerdo con mi tío y Ladislada, y le daremos la aplicación que mejor nos cuadre.

DON PEDRO.—(Oficiosamente.) Justo: dispondremos, resolveremos... según nos acomode...

HORT.—La mitad para mí... Indemnización muy natural por mis desvelos y sacrificios...

DOCTOR.—(A las Hermanas.) ¡Valiente pécora!. . ¡Y todavía chillará!

HORT.—Señor Marqués, pienso que podremos almorzar tranquilamente... (El Marqués le ofrece de nuevo el brazo.)

ABELARDO.—A mí me servirán en el jardín, con mis nuevos amigos.

VIEJOS.—Sí, sí... venga.

HORT.—(Con afectada expresión de sentimiento, llevándose el pañuelo á los ojos.) ¡Ah, ingrato, ingrato!

ABELARDO.—Soberbia y vana mujer, debo decirte... (Falto de respiración.) No puedo. Contéstele usted, tío.

LADISLADA.—Sí: hable, don Pedro, para que todo concluya en santa paz.

DON PEDRO.—(Adelantándose.) Señora sobrina, señorita y caballero: deslumbrado por mi fantasía, quise ir con vosotros, persiguiendo un ideal de caridad. Pero el ideal está aquí. Mi engaño ha servido para desengañar á este infeliz, á este mártir, que viene á participar de la paz y de la dulce alegría de nuestra casa. Hermanos, acogedle, abrazadle con amor. (Abelardo abraza á viejas y viejos, uno por uno.)

VIEJOS.—Sí, sí... Es nuestro.

DON PEDRO.—Volved á vuestro mundo, donde disfrutáis el poder, la riqueza y los goces sin medida, y dejadnos en este amado retiro, donde gozamos la ilusión de lo que tuvimos ó de lo que nos faltó en los mejores años. Aquí la suprema piedad nos ha dado la paz, la fraternidad y el santo amor á la vida, todo lo que Dios ha concedido á la humanidad, para que sea menos doloroso su paso por este mundo.

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS COMPLETAS

NOVELAS ESPAÑOLAS CONTEMPORÁNEAS

A tres pesetas tomo.

La desheredada, dos tomos.—El amigo Manso.—El doctor Centeno, dos tomos.—Tormento.—La de Bringas.—Lo prohibido, dos tomos.—Fortunata y Jacinta, cuatro tomos.—Miau.—La Incógnita.—Realidad.—Angel Guerra, tres tomos.—Tristana.—La loca de la casa.—Torquemada en la hoguera.—Torquemada en la cruz.—Torquemada en el Purgatorio.—Torquemada y San Pedro.—Nazarín.—Halma.—Misericordia.—El Abuelo.—Casandra.

NOVELAS DE LA PRIMERA ÉPOCA

A dos pesetas tomo.

Doña Perfecta.—Gloria, dos tomos.—Marianela.—La familia de León Roch, dos tomos.—La Fontana de Oro.—El Audaz.—La Sombra.

OBRAS DRAMÁTICAS

A dos pesetas tomo.

Realidad, drama.—La loca de la casa, comedia.—La de San Quintín, comedia.—Los Condenados, drama.—Voluntad, comedia.—Doña Perfecta, drama.—La Fiera, drama.—Electra, drama.—Alma y Vida, drama.—Mariucha, comedia.—Bárbara, tragicomedia.—Amor y Ciencia, comedia.—Pedro Minio, comedia.

EPISODIOS NACIONALES

EDICIÓN ECONÓMICA

A dos pesetas tomo.

Primera serie: Trafalgar.—La Corte de Carlos IV.—El 19 de Marzo y el 2 de Mayo.—Bailén.—Napoleón en Chamartín.—Zaragoza.—Gerona.—Cádiz.—Juan Martín el Empecinado.—La batalla de los Arapiles.—*Segunda serie:* El equipaje del Rey José.—Memorias de un cortesano de 1815.—La segunda casaca.—El Grande Oriente.—7 de Julio.—Los cien mil hijos de San Luis.—El Terror de 1824.—Un voluntario realista.—Los Apostólicos.—Un faccioso más y algunos frailes menos.—*Tercera serie:* Zumalacarregui.—Mendizábal.—De Oñate á la Granja.—Luchana.—La campaña del Maestrazgo.—La estafeta romántica.—Vergara.—Montes de Oca.—Los Ayacuchos.—Bodas Reales.—*Cuarta serie:* Las tormentas del 48.—Narváez.—Los duendes de la camarilla.—La Revolución de Julio.—O'Donnell.—Aita Tettauen.—Carlos VI en la Rápita.—La vuelta al mundo en la Numancia.—Prim.—La de los tristes destinos.—*Serie final:* España sin Rey.—España trágica.

GRAN EDICIÓN ILUSTRADA

Diez magníficos volúmenes conteniendo cada uno dos títulos y numerosos facsímiles de reputados artistas, 85 pesetas.—Tomo suelto, 9 pesetas.—Cuaderno (consta la obra de 92), 1 peseta.

Discursos académicos: un tomo, **2** pesetas.

Memoranda: un tomo, **2** pesetas.